

ESTUDIOS HISTORICOS.



Entrada en Córdoba de doña Juana de Portugal.

DON ALFONSO DE CORDOVA Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL.

I.

El reinado de Enrique IV es una de las épocas mas calamitosas de nuestra historia. Castilla estaba dividida en bandos y parcialidades, que alimentaban una guerra civil, que llegó á hacerse habitual. El cetro que en tiempo de don Juan II mantuvo su privado don Alvaro de Luna, lleno de fuerza y respetado de todos, en particular de los turbulentos magnates de la corte, se hallaba envilecido: y por consecuencia de esto las leyes eran holladas impunemente, la inmoralidad y la licencia levantaban la cabeza con orgullo, y los infelices pueblos eran víctima de la ambicion de los señores, de la malignidad del valido, y de la incapacidad é ineptitud del degradado monarca. El carácter de este príncipe, en quien, como dice un historiador, no resplandeció ninguna virtud, ó siquiera prenda de hombre, de caballero, ni de rey, ofrecia un fenómeno inesplicable en las con-

tradiciones singulares á que estaba sujeto; por que era codicioso de lo ageno, y tan pródigo de lo suyo, que llegó á merecer el sobrenombre de liberal; porque tenia alguna viveza de ingenio, y carecia de toda prudencia y tino para gobernar á sus vasallos y calmar los disturbios y alborotos que se mantuvieron en el reino durante sus dias; porque era desaliñado en su arreo, desaseado y súcio en el vestir, y al mismo tiempo gustaba del aparato y magnificencia, del lujo y los festines de la corte; porque era su perpétuo entretenimiento el ejercicio activo y las fatigas de la caza, mientras que hasta por indolencia abandonó el gobierno y direccion del estado al marqués de Villena y al Maestre de Calatrava; y en fin, porque atribuyéndosele vulgarmente, con razon ó sin ella, un defecto físico, que le hizo merecer el dictado de *impotente*, con que la historia lo conoce, estaba entregado á todo género de torpezas y liviandades.

Casado este príncipe con doña Blanca de Navarra, ya antes de morir su padre habia interpuesto ante la autoridad eclesiástica demanda de nulidad de su matrimonio por el defecto que acabamos de apuntar, y que parece no era mas que relativo. La sentencia del papa Nicolao V fué favorable á los descos de Enrique, y la infeliz Blanca volvió á Navarra á la casa de su padre, el rey don Juan, donde la aguardaban mas crueles des-

TOMO II. 25 de Octubre de 1844.

venturas, y tuvo que ceder un lugar poco envidiable á doña Juana de Portugal, que era tenida por la dama mas gallarda y hermosa de Europa. La fama de su atractivo y de sus gracias habia llegado á oídos del inconstante monarca castellano, que cansado ya de la princesa navarra, creia que en las prendas y en el hechizo de la portuguesa hallaria el medio de desmentir los rumores que lo degradaban. Por eso se preparó á celebrar sus bodas con grande ostentacion. Envió á Portugal con poderes á su capellan mayor, don Fernando Lope, para que en su nombre se desposase con la infanta doña Juana, que era hermana del rey Alonso V. Enrique pasó á Córdoba para recibir á la novia; y desde allí por orden de S. M. se adelantaron hasta Badajoz don Juan de Guzman, duque de Medina Sidonia, y don Alonso Tostado, obispo de Avila, que volvieron acompañando á la desposada. La entrada en Córdoba de esta princesa, y su recibimiento fué digno de la corte de Castilla. Adornadas todas las calles y los edificios y la ciudad con festones y guirnalda de flores, con pabellones y cortinas de variedad de colores, bellamente combinados y contrastados, y con esquisitos tapices, que representaban admirablemente los hechos mas gloriosos de los monarcas castellanos; discurriendo por las calles numerosas bandas de música, que iban á hacer alto ó descanso á los tablados contruidos en medio de las plazas, cubiertos de rica tapiceria, y adornados con grandes ramilletes de flores colocados en sus cuatro ángulos: el repique general de las campanas, el movimiento de la agitacion de una multitud de forasteros atraídos aun de pueblos distantes, las voces, la confusion y las demostraciones del contento público, daban á aquellas fiestas en la rica y hermosa Córdoba, una ilusion á que no estaban ya acostumbrados los fatigados y oprimidos pueblos. El rey á caballo, vestido aquel dia con el lujo y las galas que tanto realzaban en aquel tiempo á los opulentos caballeros de Castilla; revestido de las insignias y atributos de la magestad real; acompañado de los poderosos y altivos señores de su corte, y seguido de un tropel inmenso de escuderos, donceles, palafreneros y criados de su palacio, salió al encuentro de su esposa, á quien halló á poca distancia de la ciudad. Cuando estuvo cerca de la reina, se apeó con ligereza y desembarazo, y acercándose á la portezuela de la carroza que conducia á la infanta de Portugal, la saludó con alguna cortesía y aun espresion, á que la reina se manifestó complacida. Como el castellano era alto y de no mal color, y en aquel momento la agitacion de su ánimo habia dado alguna animacion á su semblante y sus ojos; como la magnificencia y el aparato que le rodeaba, así como el prestigio del poder y de la magestad, tan capaces eran de fascinar la imaginacion, la reina no hubo de quedar descontenta de la persona del rey, á quien en aquel primer momento no creeria muy diferente del retrato lisongero que de él le habrian presentado los cortesanos de Castilla y Portugal. El rey subió á caballo, y colocado al lado de la carroza, volvió á Córdoba con toda la numerosa y espléndida comitiva, que seguia á las dos personas reales que acababan de encontrarse. Al acercarse á las puertas de la ciudad donde esperaba el cabildo de regidores para rendir en nombre de aquella homenaje á la nueva reina de Castilla; al penetrar por sus calles fué saludada con estrepitosas aclamaciones y vítores. A una hermosura, que la habia ya hecho célebre, reunida el cúmulo de gracias que atesora una existencia de diez y seis primaveras: por eso la curiosidad pública y el anhelo de verla eran insaciables; y si desde el trono de Castilla estaba llamada á reinar sobre sus pueblos, por el imperio de su hermosura parecia destinada á avasallar el corazon de los españoles.

Apenas los reyes hubieron llegado á palacio, fué ratificado el desposorio por don Alonso de Fonseca, arzo-

bispo de Sevilla. Despues de dar algunos dias al descanso de la reina, y de gozar de las fiestas y regocijos que tenia dispuestos aquella culta y rica ciudad, proyectaba el rey llevar á su esposa á que recorriese las principales ciudades de sus nuevos dominios, y admirase la estension de estos, principiando esta correria por Madrid y Segovia. En todos los dias que pasaron los reyes en Córdoba asistieron á suntuosos banquetes. El primero lo dió el rey en el dia de su tornaboda á todos los grandes, prelados y señores que le seguian: el último lo dió el arzobispo de Sevilla, favorito del rey y uno de sus mas íntimos consejeros. Así como las fiestas que se celebraron en aquella ciudad y la pompa del recibimiento de la reina, excedian con mucho, á cuanto hasta aquel tiempo referian las historias, segun escriben algunos cronistas, así el banquete que dió á los reyes y á toda la corte el arzobispo Fonseca era muy superior en riqueza y magnificencia á cuanto se habia visto en aquella capital. Al concluirse la comida, y entre los delicados y esquisitos postres, que cubrian la mesa, se presentaron dos grandes fuentes de oro, primorosamente labradas, y llenas de sortijas del mismo metal precioso, que se distinguian por la variedad de piedras de todo género, y por el gusto singular con que estaban trabajadas. La originalidad de esta fina galanteria del arzobispo, que de tal modo se proponia obsequiar á la reina portuguesa y á las nobles damas que la acompañaban, sorprendió á todos. La reina, comprendiendo el pensamiento del arzobispo, se preparaba á repartir de aquellos platos á las damas; y mientras que un doncel le acercaba respetuosamente uno de ellos, decia con espresion y magestad:—El arzobispo ha querido satisfacer y adivinar mi mas vehemente deseo, proporcionándome á los pocos dias de llegar á los estados de Castilla la ocasion singular de dar á un mismo tiempo á las mas nobles damas de la corte, una muestra del aprecio que me merecen sus atenciones y agasajo, y de la delicada galanteria de tan ilustre huésped.—No bien hubo acabado la reina de dar con fina espresion y gracia á cada una de las damas un anillo, cuando el rey, queriendo llevar mas adelante la galanteria del arzobispo, dijo sonriéndose hácia la reina:—«Ahora debeis, señora, regalar vuestro anillo al caballero que os parezca mas digno del honor de servirlos:» y añadió paseando su vista al rededor de la mesa:—«Todas las damas deben hacer lo mismo á ejemplo de la reina: esta es costumbre antigua de la corte castellana.» La contestacion de la reina no se hizo esperar: aunque muda, era bastante significativa, y daba idea de los felices recursos de su ingenio. La reina se levantó conmovida, y convertidas en rosas sus mejillas, presentó al rey su esposo con una espresion inexplicable, el anillo que acababa de quitarse.—«No, dijo el rey con cierta frialdad, porque su corazon era incapaz de un sentimiento delicado y tierno, no quiero ser contado entre el número de los caballeros, que puedan merecer vuestra fineza.»—Deseando la reina poner término á un lance, que ya le era de algun embarazo, involuntariamente, y como aturdida algun tanto por el espectáculo, en que ella representaba el único objeto de atencion, volvió los ojos hácia donde se hallaba don Beltran de la Cueva, mayordomo mayor de palacio, y conde de Ledesma, á quien presentó su anillo. Don Beltran se levantó para recibirle, confundido por un favor tan insignificante como inesperado, lisongeado en su orgullo cortesano, turbado por un respeto profundo, y sin acertar á esplicar su gratitud sino con señales de reverente acatamiento.

Los cortesanos juzgaron por imprudente la ocurrencia del rey. Lo fué en efecto, porque exasperó á todos los demas, que se consideraban ofendidos por la preferencia que habia merecido el de Ledesma; porque autorizó en adelante rumores contrarios al decoro de la reina, y que llegaron á ser muy perjudiciales al sosiego de

la monarquía; y porque, como generalmente sucede con todas las imprudencias, no quedó sin castigo el mismo rey que la cometió. Pues en efecto, sin que nos ocupemos en hacer mención de las otras damas y caballeros que asistían al banquete, porque esto nada hace á nuestro propósito, y porque tampoco ofrecieron circunstancia notable, bastará decir, que habiendo dado su anillo doña Catalina de Sandoval á don Alonso de Córdova, que la servía, esta fineza tuvo el privilegio, sin saber porqué, de fijar por algunos momentos las miradas y el interés de los ilustres concurrentes. Entre las miradas de todos se cruzaron siniestramente las torvas de Enrique, que difícilmente disimulaba el enojo y el rencor que lo devoraba. La pasión de los celos no podía tener entrada en su corazón, negado á las mas dulces ó mas vehementes emociones de la naturaleza, que no se reconocía con prendas suficientes para hacerse amar, y que era incapaz de todo orgullo caballeroso, de toda pasión noble y exaltada. En Enrique los celos se convertían en una envidia ruin, que le hacía dolerse del bien ajeno, avaro de una felicidad que le estaba negada y que apenas comprendía.

II.

Doña Catalina de Sandoval, de antiguo y nobilísimo solar, y de la misma casa del Almirante de Castilla, se distinguía en la corte no solo por su hermosura, sino también por su agudeza y discreción. Estas dotes tenían sobradas ocasiones de acreditarse en medio de las rivalidades é intrigas en que hervían el palacio de los reyes y los grandes que los seguían. Doña Catalina era estimada de todos, y de todos merecía confianza é interés; lo primero por su prudente reserva, y lo segundo por su horfandad y sus desgracias. Educada en el palacio desde sus mas tiernos años, había logrado cultivar su ingenio, y realzar las prendas naturales que la adornaban; y al mismo tiempo, dotada de un alma noble y de sentimientos elevados, había conservado su corazón, por un raro privilegio, exento de la corrupción y del libertinaje, que bajo las formas de galantería dominaban por aquel tiempo en la corte de Castilla. Su orgullo era noble, por que no estaba fundado en las galas de su traje, ni en la riqueza de su adorno, sino en conservar su reputación sin mancha, y su fama sin la menor sombra que la empañara. Su altivez, como que procedía de tan buen origen, no la hacía enojosa para nadie, ni aun ridícula: si se traslucía en su semblante, en su espresión, en su actitud, era solo para darle dignidad, y para inspirar un respeto capaz de reprimir toda palabra atrevida, toda mirada licenciosa; pero sin quitar á sus ojos un poder, que mas que alhagar y hechizar, dominaba y avasallaba por un ascendiente irresistible: en una palabra, enamoraba sin embriagar los sentidos, é inspiraba un sentimiento respetuoso, sin embarazar ni humillar á quien lo sentía: era verdaderamente una dama castellana.

Don Alfonso de Córdova era de una de las primeras casas de España: á ninguna cedía la primacía en nobleza y lustre sino á la real, con la que estaba enlazado por los vínculos de un parentesco no muy lejano. Joven altivo, generoso y valiente, y algun tanto presumido, quizá por su gallardía y apostura, era la persona menos á propósito para hacer su fortuna en la corte, obteniendo favores y mercedes por medio de los validos que disponían de la voluntad del monarca. De rentas muy escasas, y sin conocer las artes de la lisonja ni los términos de la adulación, era mirado con frialdad y desdeñado por los favoritos del monarca, que no tenían muy preparado el ánimo de éste á favor de don Alfonso, lison-

geando hábilmente ocultos pensamientos del rey. Aunque desde muy joven había estado en palacio, siendo menino de Enrique, cuando era príncipe, jamás tuvo habilidad para ganar su favor, ya fuese por no poder acomodarse á la humillación y abatimiento, ya por que su rectitud no fuese á propósito para conformarse con el carácter del príncipe, ya por que su decoro no le permitiese complacer en todo las inclinaciones de aquel. En la cámara del príncipe se hablaba un día entre los cortesanos, de las pingües rentas de algunas casas de Castilla, á lo que dijo Enrique, sin duda con ánimo de zaherir ó humillar á su menino: «No creo que iguala á esas casas tan poderosas la de don Alfonso de Córdova!» Como, siendo la de éste pobre, la ironía era bastante clara, y los cortesanos respondiesen á ella con alguna sonrisa torpemente disimulada, no pudo don Alfonso reprimir su enojo, y descompuesto y desentonado le replicó, «Es verdad, señor, que mi casa, comparada con esas tan ricas y poderosas, es muy pobre; pero la mia puede con el tiempo ser rica, y las otras por mucho que adelanten no podrán jamás compararse con la mia respecto de los timbres y blasones de que goza y en que vá á la par con la de V. A., sin que haya otra diferencia que la de mandar la una y ser mandada la otra.» La respuesta que el príncipe le dió fué volverle la espalda bastante enojado. Las palabras de don Alfonso le ofendieron y nunca las olvidó. Por eso cuando empuñó el cetro por muerte del rey su padre llenó de gracias y mercedes á los jóvenes caballeros, que mas se habían dedicado á ganar su voluntad, y no se acordó siquiera de don Alfonso.

Hacia tiempo que éste amaba y servía á la hermosa doña Catalina. Pero reconociendo que cada vez se hallaba mas distante de la gracia del soberano, y de la amistad de sus favoritos, y que aquel lo trataba y recibía con desdén y desabrimiento, hubo de perder toda esperanza de mejorar su fortuna: deseaba esta por medios decorosos, para ofrecérsela con su mano á doña Catalina. Condenados ambos á padecer el tormento de un amor sin esperanza y consultando la una su decoro y la tranquilidad de su amante, y éste su anhelo de complacer á doña Catalina, evitando que fuese objeto de murmuraciones injustas, y deseando igualarla en el sacrificio que se imponía; entendiéndose sin hablarse, habían comprendido la necesidad de alejarse cuanto permitía la cortesía y sus respectivas obligaciones en palacio. Reservados ambos y prudentes, no habían podido impedir que se hablase de lo que llamaban su rompimiento: cada cual lo interpretaba de diversa manera, y lo atribuía á causa también diversa; pero la malignidad cortesana se complacía en designar un motivo contrario á la fama de la Sandoval, y á que por cierto no dejaba de dar ésta algun fundamento, aunque en verdad aparente.

Las circunstancias ocurridas en la comida del arzobispo, la fineza de que públicamente y en presencia de toda la corte fué objeto don Alfonso, algunas miradas involuntarias, y algunas palabras de mera cortesía pronunciadas con la agitación de un amor mal reprimido, habían echado por tierra en un momento, y á la primera ocasión de prueba, propósitos aunque generosos, superiores quizá á la entereza de doña Catalina y al esfuerzo de don Alfonso. Acostumbrado éste á leer en el semblante y las miradas de Enrique sus mas disimulados designios, aunque poco diestro cortesano, no pudo ocultarsele, ni á otros tampoco de los que se hallaban a la mesa, la irritación, el despecho, la rabia, que nublaron el rostro del rey, en el instante de ver á don Alfonso favorecido y honrado con el anillo de doña Catalina. El enojo y la severidad del monarca no eran capaces de abatir la noble arrogancia de don Alfonso, que en aquel momento y en presencia de la flor de la nobleza castellana, se veía preferido á un monarca poderoso, y por una ilustre da-

ma, que arrostraba por su amante la cólera de un rey.

Al día siguiente las fiestas y los espectáculos á que concurrían los reyes y toda su corte, facilitaron á don Alfonso la ocasion de acercarse á doña Catalina, con apariencias de mera cortesía, y de afectada galantería.

—Deseaba, le dice, saber si habeis descansado del banquete de ayer, y al mismo tiempo daros rendidas gracias por la fineza que merecí de vuestra bondad, aunque sin mérito por mi parte para tan alto favor.

—Don Alfonso, le contestó con marcada espresion, la fineza que me decís no debía sorprenderos, por que era muy debida á vuestra fidelidad y á mi constancia. Pero, ¿os ha sido de tan alto precio como me encareceis?... Yo mas bien debia informarme de vuestra salud, por que al terminarla comida sospecharon varios que os aquejaba algun mal, segun...

—Señora, yo creo....

—No parecia si no que os sentaron mal las dos fuentes, que á los postres hizo servir el arzobispo.... Estabais tan turbado y distraído cuando recibisteis mi anillo, que parecia que os acababa de acometer algun mal. Me felicitó de que esto no haya sido así.

—¿No comprendéis mejor que yo que la turbacion que me abismaba, y que yo no debo disimularos, era bastante natural, cuando el semblante de una persona que me acechaba, cuando una mirada que me lanzó, me descubria una desgracia horrorosa?... Por otra parte vuestros desvíos, el cuidado con que evitais encontrarme y recibirme hace cerca de seis meses....

—Don Alfonso, vuestros temores han sido infundados, vuestros recelos injustos: me conocéis bastante para dudar un momento de mi fé. Aunque circunstancias independientes de mi voluntad y de la vuestra, nos habian impuesto á los dos un deber cruel, que injustamente atribuí á tibieza, á desvío, yo he aprovechado con orgullo la primera ocasion que se me ha presentado para asegurarnos públicamente en presencia de toda la corte, delante de los reyes, y bajo la prenda que de mi mano recibisteis, que doña Catalina de Sandoval de nadie será esposa si no de don Alfonso de Córdoba.

Estas palabras, pronunciadas con entusiasmo, penetraron hasta el corazón de don Alfonso, y por algunos instantes le hicieron guardar silencio: tambien lo guardó doña Catalina, que se esforzaba por disimular su agitación, que pudiera ser reparable en tan inmensa concurrencia. Don Alfonso, despues de significar con una mirada su gratitud, y la satisfaccion íntima que le dominaba, le dice:

—Una palabra vuestra hubiera podido hace tiempo tranquilizar mi alma..... si el mismo esfuerzo con que nos impusimos un sacrificio, que era por cierto superior á mí, nos hiciese arrostrar la injusticia de los hombres, los desdenes de los poderosos, las preocupaciones cortesanas..... Si os hubieseis decidido alguna vez á acceder á mis instancias, mi felicidad habria llegado á su colmo.

—No debeis olvidar lo que sobre esto mismo os he dicho varias veces: si la fineza de mi pasión, si el extremo de mi amor llegase á ofuscar mi razon, jamás me olvidaria de lo que debo á la nobleza, y á la generosidad de mi amor. Yo soy capaz de imponerme un sacrificio doloroso; pero no puedo, ni debo, ni quiero sacrificaros á vos mismo. Si de esto fuese yo capaz, juzgariais mi amor egoísta, y villano: esto me rebajaria á vuestros ojos, y me haria indigno de vos. Esto no podria soportarlo.... Esto seria superior á mis fuerzas!... Es preciso, don Alfonso, reflexionar sin alucinarse. Los mayorazgos de nuestras dos casas están arruinados y empeñados, y las escasas rentas con que podriamos contar apenas bastarian para que viviésemos en la oscuridad de una aldea con la mayor estrechez. Este estado quizá no os seria soportable por mucho tiempo: á lo menos yo no debo procurároslo,

porque del enojo que os causara tal vez participaria yo misma; y esto me seria mas doloroso que el abatimiento y la miseria. Reconozcamos que nuestro enlace nos haria mas desgraciados: nos obligaria á renunciar al trato y á las consideraciones que se deben á nuestros iguales, en quienes solo encontraríamos desaires y desdenes: nos obligaria á renunciar á nuestra condicion y á nuestra clase.... Aunque juzgueis que me esplico con demasiada libertad, no puedo dejar de repetiros, que por vos no hay sacrificio á que con placer no me sometiera, pero por lo mismo no puedo reducirme á sacrificar vuestra condicion, vuestras esperanzas, vuestra felicidad....

—¿Creeis que para mí pueda haberla sino á vuestro lado? ¿Creeis que para mí puede haber mayor sacrificio, un sacrificio mas cruel que el de renunciar para siempre á las esperanzas que he alimentado desde los primeros años de mi juventud? ¿Creeis que por vos, por llamarme vuestro esposo no renunciaria á todos los goces del mundo, á las pretensiones mas alhagüeñas, á una corona con que la fortuna me brindase?... Pero, doña Catalina, permitidme que me manifieste tan satisfecho, como reconocido á la fineza de vuestro amor; si vos reusais mi mano, porque juzgais que sacrificais así mi felicidad, yo admito la nobleza de vuestros sentimientos, pero soy capaz de igualaros en ese esfuerzo de prudencia y discrecion, como creo igualaros cuando menos en la vehemencia de mi pasión. Los bienes de mi casa no me permiten hoy trataros en ella como corresponde al lustre y nobleza de nuestras familias; y yo no puedo tampoco exigir de vos lo que de mí no quereis admitir. Si vos sacrificais vuestro amor á lo que equivocadamente llamais mi felicidad, yo debo sacrificar el amor con que os adoro á vuestro regalo, al decoro de vuestra persona, al deseo de que no sea humillado vuestro esplendor.

Doña Catalina, al ver la conformidad que hallaba entre sus sentimientos y los de su amante, espresaba en sus ojos, en su semblante, en sus movimientos involuntarios, las dulces y tiernas emociones que la agitaban. Despues de un momento de suspension, le dice:

—Jurémonos una fé sincera, inviolable, perdurable: amémonos hasta la muerte, y aun mas allá, si es posible. Seamos amantes finos, y no esposos desgraciados. Yo quiero vuestra dicha, y vos la mia. Suframos con resignacion los tormentos de una esperanza prolongada y de un deseo nunca satisfecho; y esperemos para nuestra union un tiempo mas feliz. Entretanto no aumentemos nuestra desgracia, y confiemos en que alguna vez se nos mostrará propicia la fortuna, y serán cumplidos nuestros deseos.

—Yo me humillaré á hablar y á solicitar el favor de los privados del rey....

Doña Catalina como quien acaba de recibir una inspiracion feliz, le interrumpe con viveza:

—No quiero, ni es necesario que mortifiqueis vuestro orgullo. Este y la entereza de vuestro carácter os hacen poco á propósito para obtener mercedes: lo que el decoro permita, y cuanto aconseje el anhelo de vuestra felicidad, (si, de vuestra felicidad, que es el objeto de mi mas ardiente deseo,) todo lo haré. Yo hablaré á la reina; instaré eficazmente al rey; y nada omitiré de cuanto pueda asegurar nuestra ventura comun.

—Doña Catalina!... vuestra generosidad me... pero una palabra habeis pronunciado....

—¿Seria posible, don Alfonso, que me agraviaséis hasta el punto de creer que miro con mas entusiasmo vuestra felicidad que vuestro decoro? En pago de mi cariño, ¿habiais de ser injusto conmigo?

Acercándose á donde se encontraban otras damas y cortesanos, la conversacion se hizo general, con no mucha satisfaccion de los dos amantes.

III.

Seguía á la corte la hermosa y opulenta condesa de San Esteban, señora de vastos dominios y de los mas ilustres títulos. Aunque su hermosura no fuese una cosa sorprendente, la realizaban sin embargo el fausto que la rodeaba, y el gracejo y chiste con que sabia interesar á cuantos se le acercaban. A sus dotes naturales, y á sus pingües rentas, añadía la circunstancia de ser nieta y heredera del nombre, casa y estado, del condestable don Alvaro de Luna, que tan trágico fin habia tenido en el anterior reinado. La condesa de San Esteban era el partido mas brillante á que podia aspirar un jóven magnate de la corte de Enrique IV. Independiente su corazón por sus pocos años, y porque vivía hasta cierto punto embriagada con las satisfacciones de su orgullo, se habia mantenido exenta de toda pasión que la dominase, aunque la complaciesen el rendimiento y las adoraciones de los jóvenes mas ilustres de la grandeza. Entre estos á ninguno alhagaban tantas esperanzas como al hijo primogénito del marqués de Villena, que al esplendor de su casa y á la magnificencia que ostentaba, reunía la circunstancia feliz de que su padre era uno de los principales favoritos del rey y el que despues del arzobispo de Sevilla, tenia la mayor parte en el gobierno de la monarquía. El favor del rey no era cosa indiferente en estos negocios, y antes bien, sin su consentimiento y beneplácito, no se disponía de la mano de ninguna jóven de las casas mas ilustres de la nobleza.

La jóven condesa estaba al cuidado de su tio paterno y tutor don Juan de Luna, que apenas rayaba en los 25 años, que gozaba del favor de los reyes, y de los principales validos, que poseía pingües mayorazgos, y que por la hidalguía de su proceder, por la bizarría de sus proezas, y por la gallardía de su figura, ni desmentía la sangre ilustre de los Lunas, ni dejaba de merecer las atenciones y preferencias de las damas mas bellas de la corte. Tan valiente como galán, era el tipo de un caballero castellano: si en las armas habia adquirido alto renombre, muchas aventuras amorosas se lo habian dado como la persona mas entendida y diestra en las artes de amor. Don Juan ardía en el de doña Catalina de Sandoval; y esta pasión, que era la ocupación perenne de su ingenio, le empeñaba á no omitir medios, recursos, ni trazas, para merecer siquiera una mirada, un rayo de esperanza. A todas partes la seguía; y paseaba á caballo su calle; pero sabiendo que don Alfonso la servía, aunque hizo mayores esfuerzos durante el tiempo en que ambos amantes evitaban encontrarse, y se alejaban uno de otro, usaba de mucha prudencia, conociendo el carácter de Doña Catalina, para hacer alarde ostentoso de un galanteo público: ni dió músicas, ni torneos, ni fiestas, que causasen escándalo, con peligro de ser desairado. Como se le presentaban frecuentes ocasiones de ver y tratar á Doña Catalina, pues esta tenía la mas íntima y estrecha amistad con su sobrina la de San Esteban, siendo ambas de una misma edad y habiéndose criado juntas, no le era difícil á don Juan insinuarse con discreción, aprovechando cuantas circunstancias pudiesen serle favorables para adelantar su conquista.

En vista de los pocos años de su sobrina, y de que no se le advertía una inclinación marcada y decidida, don Juan no habria pensado en aconsejarla y dirigirla en la elección de esposo, si el odio que tenía al marqués de Villena, cuyo hijo primogénito era uno de los que galanteaban á la condesa, no le sugiriese la idea de adelantarse á enlazarla con otro, antes de verse comprometido á consentir por fuerza en una petición que vendría apoyada con la voluntad del monarca. Deseando para su sobrina un jóven que la igualase en timbres y

blasones, y guiado al mismo tiempo por el rencor que abrigaba en su pecho contra el de Villena, era natural que de preferencia se fijase en quien mas participaba de sus sentimientos, en quien se mostraba menos solícito del favor y de la gracia del marqués; en una palabra, en el esclarecido jóven don Alfonso de Córdova. Aunque pobre, ninguno le escedía en la antigüedad y lustre de su casa, ninguno en la dignidad y noble orgullo que correspondía á las de su clase, ninguno en gracias naturales y en garbo marcial. La elección de don Juan no fué dudosa, ni tuvo un momento que vacilar. Le era tanto mas lisonjera, cuanto que podia ser favorable á sus designios. Casado don Alfonso, consideraba ya como allanado el principal ó único obstáculo, que creía oponerse á que doña Catalina admitiese sus obsequios y su mano. Pero ¿don Alfonso accedería á esta propuesta? No podia presumirse otra cosa, ni era creíble que desdenase por una pretensión humilde é irrealizable, la mano de la señora mas ilustre y opulenta de la corte. ¿Aprobaría la condesa de San Esteban la elección de su tio? Debía suponerse, en vista de las recomendables circunstancias de don Alfonso, y de sus prendas personales. No se engañaba don Juan, aunque ignoraba que por dicha suya habia en esta parte mucho adelantado. Además de la complacencia y distinción con que la condesa habia recibido siempre á don Alfonso, en favor de este habia trabajado con tanto talento como fortuna una persona, que tenía el mayor influjo y el mayor ascendiente en el corazón de la de San Esteban.

Esta persona era doña Catalina de Sandoval. Parecerá esto tanto mas increíble, cuanto que no podrá citarse otro ejemplo de un amor mas desinteresado, mas generoso, mas puro, en una palabra, mas heroico. Un amor, que renunciaba á sus deseos mas legítimos, en quien no tenían ningun imperio los sentidos, y que en los mayores accesos de pasión, es capaz de sacrificar la felicidad, el corazón y la vida de la persona que ama al bien y la dicha del objeto amado, es un amor que nada tiene de terreno, que tiene mucho de sobrehumano: es el amor perfecto; una imagen del amor divino. Una muger vehemente y enamorada, que sacrifica los mas tiernos afectos de su corazón, y que cede voluntariamente su idolo por exceso de amor, es un objeto de admiración; ¿qué será la que en un sacrificio continuado, en un martirio prolongado, emplea el arte y los recursos del ingenio, y mil medios delicadísimos y sutiles, para que su amante obtenga el corazón, la mano, y la opulenta fortuna de una dama, á quien no podrá dejar de mirar como á una rival feliz? Doña Catalina advirtió en su amiga la de San Esteban el tierno afecto que don Alfonso, sin pretenderlo, le habia inspirado: procura fomentarle, y lo consigue, porque sus esfuerzos están hábilmente disimulados, porque aparecen desinteresados y sinceros, y porque están dirigidos por el ingenio de una muger que conoce las pasiones y la flaqueza de otra. Irrita la vanidad de esta, y por medio de conceptos artificiosos hace compatible una pasión que lisongea y ciega, con los sagrados deberes de la amistad, que por aquella se vulneran. La superioridad de su razón y la elevación de sus sentimientos triunfan á un mismo tiempo de un corazón ya seducido por gratas impresiones, y de una razón flaca, porque estaba oscurecida por el ardor de la pasión naciente. Los pensamientos que pudiera sugerir, y las repugnancias que pudiera presentar una situación original, rara, inverosímil, todo lo allanaba y todo lo vencía doña Catalina con la sutileza de sus razones, con los artificios que le inspiraba una pasión singular, pasión que dominaba todas sus facultades y que las contraía, como único objeto, al bien y á la felicidad de su amante.

Jamás se ha empleado para inspirar una pasión mas ingenio ni mas arte. Jamás el talento de una muger, tan fértil en recursos instintivos, ha hecho tan gloriosa os-

tentacion de su poder. Se muestra enamorada de don Alfonso, para enamorar á la condesa: se muestra satisfecha y confiada, y aun refiere con vanidad su triunfo sobre otras damas de la corte, para provocar á su vez esta última pasion en una jóven, criada en el orgullo de su ilustre casa y de su opulencia, orgullo que se encargaron de fomentar con palabras lisongeras los adoradores que la seguian. No se manifestaba vivamente apasionada, por no exaltar en su amiga ningun sentimiento delicado, ni el de una amistad tiernísima. Cuando hablaba de esto, revestíase doña Catalina de la ligereza y versatilidad de su amiga, se ponía á la altura de sus sentimientos, y se mostraba tambien orgullosa y presumida como aquella. La condesa creia este negocio un certamen de ingenio, ó un juego de amor propio; y no echaba de ver que su amiga, una amiga de sus primeros años, y á la que amaba como á hermana, aventuraba en esta singular partida un corazon desgarrado y su vida toda.

Don Juan no vaciló en proponer á su sobrina al caballero que juzgaba digno de su mano; y á pocas esplicaciones llegó á conocer que se hallaba muy favorablemente dispuesta, y aun enamorada de don Alfonso, y que de esto la principal parte se debia á los esfuerzos y al ascendiente de su amiga doña Catalina. Los primeros pasos que daba don Juan en su empresa, no podian serle mas favorables, pues escedian á sus esperanzas. So-

bre todo nada le lisonjeaba y sorprendia tanto, como que doña Catalina favoreciese sus designios, juzgando, que de esta manera prometia alguna esperanza á la vehemencia de una inclinacion, que no creia se ocultase á la que era el objeto de ella. Don Juan juzgaba á doña Catalina por una regla general entre el vulgo de las mugeres de la corte; y aunque sabia que habia amado á don Alfonso, al ver que mediaba en favor de éste, y que cooperaba eficazmente á que obtuviese el amor y la mano de su sobrina, la consideraba ya completamente desengañada de un amor insensato: don Juan no comprendia que por un galanteo sin esperanza, ó por una condicion pobre y humillada, pudiese desdeñar doña Catalina la fortuna brillante que su casa le preparaba. Pero esta muger extraordinaria tenia echado su fallo, y era tan irrevocable como todas sus resoluciones. Si no lograba para su amante las mercedes del rey, querestableciesen la fortuna de aquel, y permitiesen á ambos su anhelada union; despues de asegurar la felicidad de don Alfonso en otro enlace, estaba decidida á encerrarse en la soledad de un claustro el mismo dia en que se celebrase aquella union. Ya hemos visto lo que hizo para proporcionar á su amante la mano de la condesa; en adelante veremos lo que tambien hizo para que obtuviese las gracias y mercedes del monarca.

(La conclusion en el número siguiente.)

F. P. DE ANAYA.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA VALHALLA.

No pasaremos adelante sin explicar el nombre que sirve de epígrafe á este artículo. Los antiguos septentrionales lo usaron para designar un lugar de felicidad ó especie de Eliseos, que ellos se imaginaron, destinados para los que morian en defensa de la patria. El rey Luis de Baviera concibió á principios de este siglo el proyecto de una Valhalla que perpetuase las glorias alemanas, y en efecto se inauguró el monumento que nos ocupa, uno quizás de los mas grandiosos de estos tiempos modernos, el 18 de octubre de 1842, doce años dia por dia despues de colocada la primera piedra, habiendo asistido á ambas ceremonias el autor del pensamiento. Dificilmente podremos dar una idea cabal á nuestros lectores de tan suntuoso edificio, no obstante la exactitud del grabado que acompaña representando su parte exterior. Sin embargo vamos á hacer una sucinta reseña de lo mas notable, siquiera para que se comprenda algo del objeto y plan de tan bella obra.

El friso que se estiende por toda la nave en una longitud total de mas de 330 pies, sobre una altura de tres y medio, está dividido en ocho secciones correspondientes á ocho épocas ó periodos de la historia germánica.

Los bustos de los grandes hombres que han merecido los honores del panteon, y cuyo número asciende á noventa y seis, son de tamaño natural y están distribuidos en dos hileras á lo largo de cada una de las cuatro paredes; los unos sobre una especie de zócalo que sobresale del muro como una continuacion de él, mientras que otros por debajo estan sobre consolas aisladas. En algunos sitios hay otra tercera fila de bustos que no pasan

de tres, pero cuya disposicion puede generalizarse en toda la estension del monumento á medida que haya nuevas celebridades dignas de ocupar en él un lugar.

No existen modelos exactos de muchos de los personajes que contiene y se ha suplido la falta de bustos con inscripciones, y en la parte superior del templo es donde estan distribuidas las lápidas de mármol blanco en que se ven escritos con letras de oro los nombres de los héroes de la historia alemana.

He aquí ahora una relacion de los mas notables, segun el orden actual que guardan las inscripciones y los bustos que decoran la gran sala de la Walhalla.

EN EL LIENZO DE PARED QUE MIRA AL MEDIO DIA (1).

Inscripciones.—Primera hilera, (á la derecha de la puerta de entrada). Hermann (Arminius), vencedor de los romanos, 21 despues de Jesucristo. Marobot, gefe de los marcomanos, 40. Velleda, profetisa, 65.—(A la

(1) En la fachada principal, ó del medio dia, que corresponde á la del frontispicio del templo, comienza á la derecha de la puerta de entrada en la parte superior, la fila de inscripciones, y sigue despues el orden cronológico; Hermann es el primero y continua todo al rededor hasta Eginhard; la segunda empieza con Rhabanus Maurus y acaba con Pedro Henlein.

Asi mismo la primera fila de bustos comienza con Enrique el Cazador y acaba con Maria Teresa; la segunda hilera de bustos empieza con Lessing y acaba por Goethe.

Como hemos dicho ya, en cada fila comienza el orden cronológico y se termina en la fachada meridional, y la enumeracion del año que sigue al nombre de cada uno de los personajes, es el de su muerte.

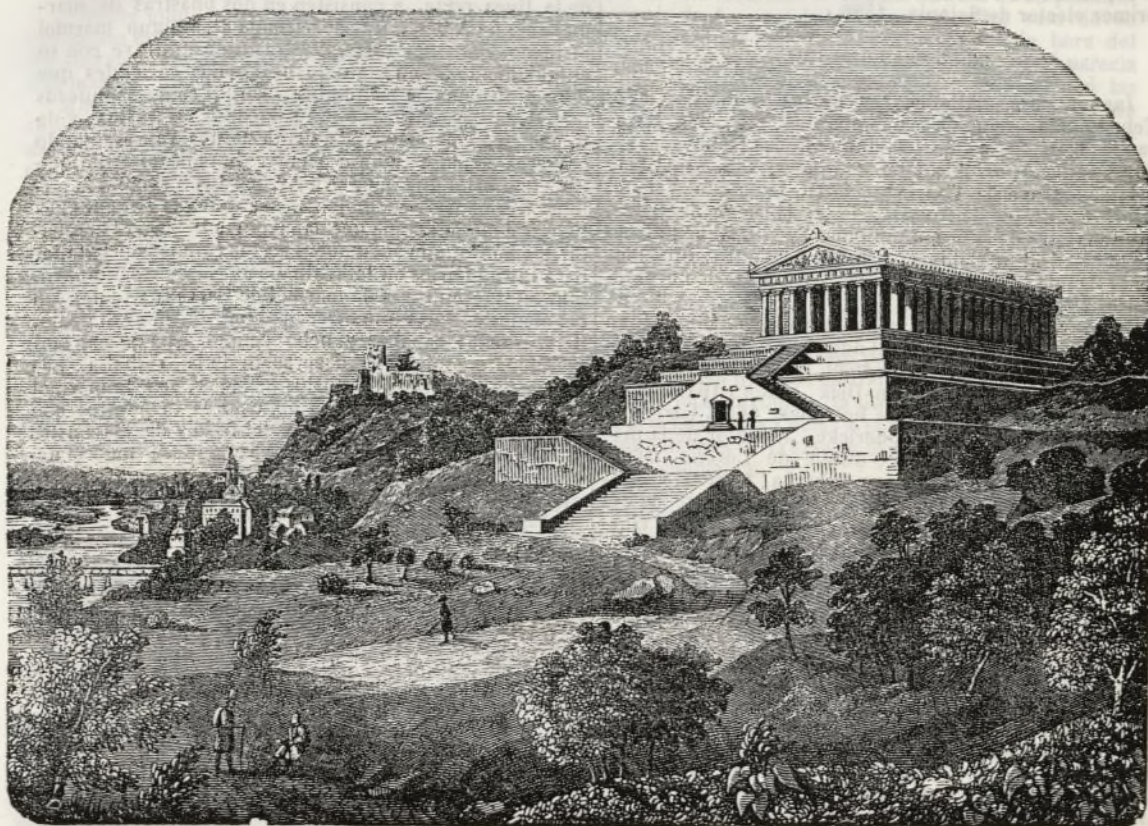
izquierda de la puerta de entrada). Egberto I rey de Inglaterra, 810. Carlo-Magno, emperador, 814. Eginhard, historiador, 839.—Segunda hilera (á la derecha). Rhaban Maur, sábio y arzobispo de Maguncia, 856. Arnolfo, emperador, 900. Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, 900.—(A la izquierda). Guillermo de Colonia, pintor, 1388. Adriano de Vutemberg, defensor de Morat, 1479. Pedro Henlein (ó Hele), inventor de los relojes, 1540.

Bustos.—Primera hilera. Enrique el Cazador, emperador de Alemania, 936. Othon I el Grande, 973. Conrado el Sábico, emperador, 1039. Alberto de Haller, médico y poeta, 1777. Antonio Rafael Mengs, pintor, 1779. María Teresa, emperatriz y reina, 1780.—Se-

gunda hilera. Gotthold-Ephraim Lessing, sábio y poeta, 1781. Federico el único, rey de Prusia, 1786.

EN EL MURO OCCIDENTAL.

Inscripciones.—Claudio Civilis, general de los bátavos, 400. Ermanrico, rey de los ostrogodos, 375. Ulfilá, obispo, 380. Friediger, general de los visigodos, 412. Alarico, rey de los visigodos, 412. Ataulfo, rey de los visigodos, 415. Teodorico, rey visigodo, 451. Horsa, conquistador de la Gran Bretaña, 451. Genserico, rey de los vándalos, 477. Hengisto, conquistador de la Gran Bretaña, 480. Odoacre, rey de los herulos y de los



Vista exterior de la Valhalla.

gepides, 497. Clovis, rey de los Francos, 511. Othon, ilustre duque de Sajonia, 912. Arnolfo, primer duque de Baviera, 937. Santa Matilde, reina de Alemania, 968. Rösita, poetisa, 1000. San Heriberto, arzobispo de Colonia, 1028. Enrique III, emperador, 1036. Lamberto de Aschaffenburg, historiador, 1077. San Othon, obispo de Bamberg, 1139. Othon, obispo de Freysing é historiador, 1158. Santa Yldegarda, abadesa, 1179. Othon el Grande de Wittelsbach, 1183.

Bustos.—Federico I Barbarroja, emperador, 1190. Enrique de Leon, duque de Sajonia y de Baviera, 1195. Federico II, emperador, 1250. Rodolfo de Habsbourg,

rey de Alemania, 1291. Erwin de Steinbach, arquitecto, 1318. Juan Guttemberg, inventor de la imprenta, 1467 ó 1468. Juan Van-de-Eyk ó Vandik, pintor, 1475. Federico el Vencedor, 1476. Nicolás de Flue, ermitaño, 1487. Eberhardo el Barbudo, duque de Wurtemberg, 1496. Juan Hemlin, pintor, 1500. Juan de Dalberg, obispo de Worms, 1503. Juan de Halwyl, conquistador de la Borgoña, 1504. Bertholdo de Henneberg, elector de Maguncia, 1504. Maximiliano, primer emperador, 1519. Juan de Reuchlin, sábio, 1522. Ulrico de Hutten, poeta, 1523. Alberto Durero, ó Dures, pintor y escultor, 1528. Jorje de Friendsberg, general, 1628.

Pedro Fischer, escultor y cincelador, 1530. Nicolás Copérnico, astrónomo. Carlos quinto, emperador, 1558. Wolfgang-Amedée Mozart, compositor, 1791. Fernando, duque de Brunswick, general, 1792. Catalina II, emperatriz de Rusia, 1796. Federico de Schiller, poeta, 1805. José Hayden, compositor, 1809. Príncipe de Blucher, feld-mariscal prusiano, 1820. Guillermo Herschel, astrónomo, 1822. Juan Wolfgang Goethe, poeta y sabio, 1832.

EN EL MURO SEPTENTRIONAL.

Inscripciones.—Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, 526. Totila, rey ostrogodo, 552. San Enelberto, arzobispo de Colonia, autor del poema de los Niebelungen.

Bustos.—Guillermo príncipe de Orange, fundador de la república de los Países Bajos-Unidos, 1584. Augusto primer elector de Sajonia, 1586.

EN EL MURO ORIENTAL.

Inscripciones.—Alboin, rey de los lombardos, 573. Teodolinda, reina de los lombardos, 626. San Emmerando, 680. Carlos Martel, duque de los francos, 741. San Bonifacio, arzobispo de Maguncia, 753. Santa Isabel, landgrave de Thuringe, 1231. Leopoldo VII, el Glorioso, duque de Austria, 1234. Herman de Salza, gran maestro de la orden teutónica, 1240. El arquitecto de la catedral de Colonia, Arnolfo de Thurn, fundador de la liga de las villas Rineanas, 1264. Federico el Hermoso, 1330.

Bustos.—Mauricio, príncipe de Orange, 1625. Juan Kepler, astrónomo, 1630. El duque de Friedland, 1634. Duque de Sajonia-Weimar, 1639. Pedro Pablo Rubens, pintor, 1640. Antonio Van-Dick, pintor, 1644. Harsperstsonn Tromp, almirante holandés, 1653. Carlos X, rey de Suecia. Othon de Quericke, inventor de la máquina neumática. Carlos V, duque de Lorena, 1690. Guillermo III, rey de la Gran Bretaña, 1702. Godofredo, baron de Leibnitz, filósofo, sabio y hombre de estado, 1716. Federico Haendel, compositor, 1753. Guillermo, conde de Schaumbourg-Lippe, general portugués, 1777.

Todos estos bustos han sido ejecutados por los mas hábiles escultores que posee Alemania desde el principio del presente siglo.

La Walhalla se ha edificado sobre una altura muy escarpada, cerca de la villa de Donaustauf, en el centro de la Baviera, hacia la antigua frontera de la Germania y del imperio romano, unas dos leguas distante de Ratisbona y frente de las venerables ruinas del castillo de Stauff, que en otro tiempo fué teatro de sangrientos combates, particularmente en la guerra de los treinta años. La altura de todo el edificio ó sea de su gran basamento y el templo, es de 65 metros, es decir unos 214

pies castellanos. El templo solo con la gradería de su base, tiene 329 pies de longitud, 126 de anchura y 74 de altura; y se eleva coronando la cúspide de la montaña y su basamento. Las paredes son todas de mármoles dispuestos en capas horizontales y regulares, y solo en las que miran á los dos polos opuestos Norte y Sur, hay abiertas una gran ventana en cada una.

La puerta de entrada de la Walhalla, es magnífica y sus dos gigantescas hojas están guarnecidas de bronce por fuera y de acero el artesonado interior, de manera que pesan 42 quintales cada una. La longitud del salon interior del templo es de 196 pies; la anchura de 56 y su elevacion 49. Todos los adornos y estilo son del orden jónico. El embaldosado de la nave todo de mármol de colores forma un mosaico precioso, y de raro gusto. Algunos arimezes, situados unos frente de otros, interrumpen en toda la longitud de la pared la monotonía de la línea recta, y consisten en dos pilastras de mármol rojo de Adnet, que se asemeja al antiguo mármol africano. Sostienen estas pilastras un arquitecave con su entablamento, y en segundo orden dos cariátides que figuran sostener la techumbre. En los estensos huecos que dejan las pilastras están colocados los bustos, y de trecho en trecho hay hasta siete estatuas representando mugeres aladas, segun creemos, del mismo estilo que las Victorias del Olimpo griego, pero con trage á la antigua Germánica, como debian ser aquellas vírgenes belicosas de la mitología germana, cuyo deber era arrebatar los héroes que sucumbian en los campos de batalla, para introducirlos en la Walhalla, ó Eliseo escandinavo. Son estas esculturas de mármol de Carrara y tienen en las manos coronas que ofrecen al patriotismo y al genio. Seis grandes canapés y ocho candelabros de mármol tambien, completan la decoracion de la Walhalla. Las paredes á que están los bustos pegados, son de mármol blanco incrustadas de otros de colores dispuestos con esquisito gusto, y á escepcion del friso y de los bustos que son enteramente blancos, resplandece todo lo demas con el brillo del oro y de los mas vivos colores. Los casetones de la techumbre son azules sembrados de plateadas estrellas.

Los frontis de las dos fachadas, se componen de quince estatuas cada uno, de mármol de Schlanders del Tirol. El grupo de la parte meridional hacia el Danubio, representa á la Germania colocada en medio, teniendo á la derecha el Austria con Maguncia; la Babiera, Landa y Wurtemberg, con un joven sentado figurando los reducidos estados de la confederacion; y á la izquierda la Prusia, con la Colonia, el Hanover, Luxemburgo, y los ducados de Hesse y Sajonia; en los ángulos mas apartados están representados los rios limítrofes, como el Rin y el Mosela. El grupo del frontis septentrional reproduce la batalla que sostuvo Arminius (Hermann) cuando desafió á los romanos y salvó la independencia del pais germanico.

ESTUDIOS MORALES.

POBREZA NO ES VILEZA.

(Anécdota histórica).

I.

EL NIÑO PERDIDO.

—Mamá! mamá! Ay mamá de mi vida, ah! ah! ah! Ay mamá mía.

Así lloraba un niño y llamaba á su madre en una de

las calles mas estraviadas de Madrid, en un dia que el frio y las nubes que se amontonaban oscureciendo el cielo, contribuian y no poco á aumentar la afliccion de la inocente criatura. Andaba asiéndose de las paredes y mostrando en su desconsolada fisonomia toda llena de lágrimas, el terror que sobrecogia su tierno corazon.

Los que por su lado pasaban no hacian el menor caso de sullanto y el quemar, le miraba y seguia andando, porque el egoismo es en general la pasion dominante de

los hombres: la piedad no encuentra asilo mas que en las almas desgraciadas. Movida de compasion una pobre muger se acercó á preguntarle.

—Que tienes, hijo mio?

El niño seguia andando y exclamaba:

—Chacha!.... chacha.... Ay mamá mia!

—Y bien, dime donde esta tu chacha, quieres que te lleve con ella?

—Si.

—Donde está?

—No sé, contestaba sollozando.

—Quien es tu mamá?

—Ay mamá mia! exclamaba.

—Pero sabes donde hallaremos á tu mamá? quieres que te lleve á tu casa, sabes ir á ella?

—No.

—Te has salido de tu casa?

—No, me he perdido.

—Pobre niño! exclamaba la muger, y pobre madre que quizás estará ahora desolada buscando este pedazo de sus entrañas. Quieres venir conmigo hasta que hallemos á tu mamá?

Mirábala fijamente la criatura lo mismo que á otros dosó tres personajes que le rodeaban, y aunque ni asentía ni se negaba á aceptar las proposiciones de la compasiva muger á quien acaso no comprendia, por instinto sin embargo parecia con sus miradas inocentes implorar su proteccion.

—No, déjele vd., le llevaremos á casa del celador de policía para que mañana lo anuncie en el diario, dijo uno.

—Quién sabe si de intento le habrán perdido para ver si al acaso se proporciona un protector, replicó otro.

—Como de esas se han visto, repuso un tercero.

—Déjele vd., buena muger, añadió el primero de los dos y no cargue con hechuras ajenas.

Pero el pobre niño, como si comprendiera al pie de la letra lo que de él trataban, abandonó la pared á la cual se habia mantenido constantemente asido, y dió precipitados pasos hacia la muger de cuyas rodillas se abrazó, y alzando su cabecita para mirarla, derramaba lágrimas sin gemir y la interrogaba mudamente con esa espresion de candor con que tanto espresan los niños sus deseos y decisiones, cuando aun las palabras no les sobran para hacerlo con exactitud.

Aquel movimiento del niño decidió la cuestion porque enterneció á la pobre muger, le tomó en sus brazos, procuró consolarle, enjugó sus lágrimas y se marchó triunfante murmurándole al oido algunas palabras, en tanto que el angelito volvía sus ojos para mirar á aquellos hombres que sin duda le habian infundido miedo.

—No temas nada, hijo mio, le decía la muger acariciándole y sellando su megilla con un beso que acabó de reconciliarle con ella; yo soy pobre, es verdad, añadia, como si hubiera de entenderla; pero tengo otros dos niños que jugarán contigo, y hasta que hallemos á tu mamá, á tu pobre mamá que estará muy afligida, no te faltará pan de lo que nosotros comamos, ni otra mamá, porque yo te cuidaré mucho, mucho, hijo mio: aquellos hombres querian llevarte al Hospicio ó san Bernardino quizás; no, no, pobre niño, yo buscaré á tu mamá y mientras tanto yo la sustituiré, porque yo tambien soy madre ¿oyes?.....

Aquellos hombres que estaban allí, no saben lo que es ser madre!

II.

UNA POLKA IMPROVISADA.

—Baron!

—Querido amigo!

TOMO II.

—Primo!

Todas estas exclamaciones se dirigian á un jóven que por su rara apostura, se conocia acababa de apearse de la última diligencia llegada de París.

—Queridos, gracias; gracias, amigos, contestó apretando la mano de todos, con modales afectados é imprimiendo un beso en la megilla de cada una de las damas que allí se encontraban.

Por las exclamaciones que producía esta escena, habrán nuestros lectores sospechado, si algun amigo y deudo ausente se restituía al seno de la familia y de la amistad, y así era en efecto, Laureano Faneli Punzó, baron de Brisa-fuerte, despues de tres años que habia pasado en París de agregado á nuestra embajada, volvía á Madrid para abrazar á su madre antes de partir á desempeñar la secretaria de otra legacion, empleo con que recientemente el gobiernu le habia agraciado; pero en este momento se hallaba en casa de su primo el marqués de A... que habita una magnífica casa de su propiedad en la calle de Fuencarral: era la hora del medio día, y el sol victorioso de la lucha que parecia haber estado sosteniendo durante la mañana con las nieblas, habia conseguido disiparlas é inundaba de luz el salon de recibo del marqués: los balcones estaban abiertos y en uno de ellos el marqués y otro amigo que se habian retirado á fumar, escitados por las festivas bromas del moderno parisien, que calificaba de mal tono el que los hombres trascendiesen al aroma del tabaco, y que decia que con el cigarro en la boca parecian locomotores ambulantes con su chimenea encendida.

Al cabo de media hora de felicitaciones, cumplimientos y preguntas, acertó á pasar por la calle uno de esos organillos que movidos por la manecilla de una cigüeña entonan diversas tocatas, alternando con las manchegas y jota aragonesa, la sinfonia del Guillermo Tell, ó el aria final de la Lucia: á la sazón pasaba por debajo de los balcones de la casa, y de pronto exclamó nuestro jóven diplomático.

—Cómo, callen vds., la polka!... la polka ha llegado tambien por aquí?

—Si, efectivamente, esa es su música, añadió Mlle. H... una de nuestras primeras bailarinas y jóven francesa á quien singularmente protegía el marqués.

—Cómo es la polka? yono la he visto, primo; pero tú la habrás aprendido en París, dijo la marquesa, quieres enseñárnosla, quieres darnos una leccion?

—Yo no sé si sabré dar lecciones, pero todas las noches se bailaba en los salones de casa de madame Palmire, ó en los de la embajada inglesa. La jóven diplomática ha prohibado la polka.

Despues de algunas excusas, á ruego de todos y encantado de la importancia que su talento merecia, se creyó en el deber de dar una leccion de pedestre agilidad y soltura. Se mandó continuar la música del organillo sin variar de registro y en un momento se improvisó una polka de que era digno director el diplomático saltimbanquis, y que dió motivo para reir mucho y pasar un rato en bulliciosa algazara y diversion. Ultimamente despues de aplaudir la gracia del jóven baroncito, se retiraron algunos á sentarse molidos de fatiga y de calor, mientras que otros con el marqués, su esposa y su atildadito primo, se asomaban al balcon para respirar aire mas fresco.

—Ven, Luisa, dijo á su muger el marqués á quien no abandonaba su pensativa imaginacion y su carácter melancólico; mira, no te compadece esa infeliz, obligada siempre á sufrir la intemperie para ganar con el sudor de su frente el pan que han de llevar á su boca esos pobres niños que la rodean?

—Si tal, y mucho que me compadece, dijo la marquesa.

En este momento uno de los criados que estaban en otro balcon mas allá echó una moneda de dos cuartos á la muger que dando á la cigüeña habia sostenido la orquesta. Toda la apariencia de aquella era de la mas horrible miseria; la caja de su órgano iba sobre cuatro rue-

das y la arrastraban dos chicos, sin duda sus hijos, de los que el mayor contaria seis años apenas; otro mucho mas pequeño dormia cubierto con un pedazo de arpillera en un limitado espacio que mediaba entre la caja de la música y las varas del carro.



—Ese espectáculo, continuó el marqués, debiera consolarte, é infundirte valor y resignacion cuando te llamas desgraciada por frívolas contrariedades que hacen asomar las lágrimas á tus bellos ojos.

—Caro primo, interrumpió Laureano; que anacronismo, en esta época! Un marido requebrando á su muger y diciéndola *tus bellos ojos!*... Hombre, eso ya no se vé por el mundo!

—Es verdad, un marido no tiene el derecho de ser galante con su muger, pero en cambio debe sufrir pacientemente que venga otro... un primo, por ejemplo, y sela requebre.

Todos se echaron á reir, inclusa la marquesa.

—Pero prescindiendo de todo, continuó nuestro diplomático, no podrás menos de convenir conmigo en que te encuentras moral y filosóficamente intolerable; esas gentes que tú compadece, las conozco mejor que tú, son unos pobres diablos, canallas, bohemios que corren el mundo hechos unos vagos; en París he visto muchos y allí nadie les hace caso; tú haces muy mal en gastar el tiempo meditando sobre la desigualdad de fortunas y considerando los contrastes de nuestra sociedad; porque esas gentes, querido primo, están acostumbradas al género de existencia que tienen y viven felices á su manera;

ysino dales media peseta y los verás entrar en la primera taberna que encuentren al paso, mientras que nosotros, nos entristecemos meditando sobre su estado.

Diciendo de esta manera, metía sus dedos en el bolsillo del chaleco, sacó varias monedas y envolviéndolas en un papel las arrojó á la calle; pero con tino tan fatal que dieron en la cabeza del niño que dormía y que se despertó llorando. La pobre muger que pensaba deber evitar este lastimoso espectáculo á una asamblea tan noble que tan generosamente la acababa de socorrer, ahogaba los lamentos del infeliz con los tonos de un nuevo y gracioso ritornelo, retirándose poco á poco haciendo muchas cortesías y vigilando á los mayorcitos mientras recogían el producto de la liberalidad del baron.

Después, instalados todos de nuevo en el salón, se empeñó una discusión muy acalorada sobre la desigualdad de las condiciones: el marqués defendía la dignidad de una filantropía de que había presenciado pruebas; el primo hacía alarde de un escepticismo esclusivo mas bien que por convicción, por sistema, y las mugeres con la marquesa, ofrecían ese instinto de caridad maternal, que no abandona al corazón sino cuando cesa de latir; luego lo que mas adelante sucede verá el lector cuya paciencia alcance á oír nuestro cuadro

III.

EL DESCALABRADO.

—El coche! gritaba el marqués, al instante..

—Quiere usia el landó, la berlina ó...

—El infierno... cualquiera, volando.

—Diablura como ella, habrás visto? exclamaba el baroncito dando vuelta á su cadena del reloj.

—Ah! Dios mio! Dios mio! que le habrá sucedido, pobre de mí: si no le volveré á ver!... decía la marquesa humedecidos sus ojos de lágrimas y casi desmayada.

—Y en Madrid, échete vd. un galgo! añadió el diplomático: pero que es esto, prima, te desmayas... Atencion, Maria, muchachas: esencia de vinagre... un vaso de agua... pronto... pronto.

El baron gritaba con toda la fuerza de sus tísicos pulmones, porque el cordón de la campanilla habia cedido á sus repetidos esfuerzos: la marquesa en efecto era víctima de una congoja, mientras que el marqués con su ayuda de cámara salía del aposento bramando de cólera sin hacer caso de su muger y del baroncito, que convidado á comer eran los únicos personajes que de los de la mañana quedaban algunas horas después de la escena reproducida en nuestro segundo cuadro.

Tales son los sucesos de la vida, aquella estancia que solo poco antes respiraba con escogida y elegante reunion, opulencia y dicha, era ahora el retrato de la mayor desgracia. Un instante basta para turbar las alegrías del corazón, y nunca son mas terribles los infortunios ni estamos mas próximos á ser su presa que cuando mas engreídos nos hallamos de nuestra felicidad.

La marquesa vuelta en sí muy pronto, corría de una parte á otra, daba órdenes á todos los criados ó se dejaba caer en un sillón agoviada con el peso de su pena.

Poco tiempo después, ya era de noche, y entró el marqués palido, inquieto y desesperado: tiró el sombrero en una silla y se dejó caer en otra con toda la apariencia de un hombre que nada le queda por hacer en provecho de una idea que le atosiga.

—Y que hay? interrogó con ansiedad la marquesa.

—Lo que había! nada; respondió secamente y con desesperación el marqués.

—Nada! exclamó con angustia la marquesa.

—Nada, hombre, qué raro! añadió el baroncito.

—Nada; he estado con el gefe político, toda la policía está en movimiento....

—La policía de España.... hé? interrumpió el incauto jóven Laureano; sí; sí, la policía de España! Si fuese en Paris, á estas horas...

—He mandado continuó el marqués que se impriman carteles, que se pongan anuncios en los diarios, he visitado los cafés encargando á los mozos vean si recogen alguna noticia, á los memorialistas, al demonio....

En este momento entró un criado de los que á cada instante llegaban á dar parte....

—Y bien, Lopez, hay algo? preguntaron á un tiempo el marqués y la marquesa.

—Señora, he encontrado el señor de Peñafiel, que estuvo aquí esta mañana y me ha mandado viniera á decir á V. SS. que no se alijan, que tiene buenas noticias y que no descansará hasta ver si descubre alguna cosa.

—Ah! si, Peñafiel es un amigo, y tú, baron....

—Sí, Periquito es buen sugeto; añadió Laureano.

Sin embargo del mensaje del criado que derramó en sus corazones el bálsamo del consuelo, trascurrian aun largas horas de horrible expectativa; el marqués miraba el reloj, se impacientaba, la marquesa se asomaba al balcón, derramaba en silencio lágrimas que procuraba ocultar por no aumentar la aflicción de su esposo y buscaba mil invenciones que en otra situación parecerian extravagantes y que sin embargo como el naufrago que se abraza á la última tabla, así eran acogidas.

Eran las once y como cada minuto que transcurria ahogaba una esperanza, se hallaban todos en el mayor abatimiento, cuando sintieron ruido en la escalera y que abrian la mampara.

—Aquí está! aquí está! gritaban cien voces á un tiempo.

—Mamá! mamá!

El marqués y la marquesa se lanzaron presurosos á la antesala y el baroncito detrás.

—Hijo mio! hijo mio! exclamaron á un tiempo.

—Adolfo!

Adolfo era su hijo: y aquella mañana misma le habia perdido en las calles de Madrid su aya.

Cuando penetró en la sala traía todos sus vestidos descompuestos y vendada la frente: de una mano le tenia una muger vestida pobremente y de la otra el buen amigo del marqués, Peñafiel: aquel niño de tres años tan bello por la mañana, tan bien compuesto, volvía ahora al seno de su madre con los vestidos ajados y el rostro herido.

—Herido, hijo mio! exclamó la marquesa

—O señora! dijo la pobre muger, después de referir su hallazgo, yo gané el pan recorriendo las calles con un organillo y esta mañana desde una casa de esta misma calle....

—Ah! el que lloraba era mi hijo, interrumpió la marquesa y no adiviné.... al mismo tiempo echó una mirada de hiena sobre su primo

—Señora, aquellas monedas sin embargo, aunque le lastimaron sirvieron tambien para que comiera sopa.

—El que heristeis era sobrino de vd., baron, dijo Peñafiel.

—Oh! bien merece una recompensa esta muger, replicó Laureano sacando de su chaleco un duro que alargaba á la pordiosera.

El marqués irritado le dió con rabia en la mano dejándole caer la moneda y exclamando conmovido:

—No se hace eso así! vd., buena señora, que lo es tal quien en las acciones muestra la hidalguía, vivirá desde este momento en mi casa, abandonará vd. esa vida errante que lleva; sus hijos lo serán míos, pues que ha amparado vd. generosamente lo que de mas precioso tiene mi corazón, y reemplazará con sus desvelos á aque-

la á cuyos imprudentes cuidados habia confiado á mi querido Adolfo. Alégrese vd. buena muger, de hoy en adelante no tendrá que luchar cara á cara con el helado aspecto de la miseria.

—Y ahora, añadió Peñafiel, que dice vd. de los contrastes, de la moral del marqués y de su filantropía, que no ha mucho ridiculizaba vd., señor diplomático?

—Ps! replicó el baron, que *donde menos se piensa salta la liebre*; porque ¿quién habia de preveer un suceso

tan extraordinario? Eso no prueba que en general no sean...

—Canallas! no es verdad, primo, dijo el marqués? con ironía.

—Ah! señor, repuso llorando de alegría la muger, pobres si, pero canallas no; *yo hice bien esta mañana sin saber á quien*, y esta noche Dios me lo premia, porque, señor;

Pobreza, no es vileza!

J. LEGUEY.

GLORIAS DE ESPAÑA.

GARCÍA DE PAREDES.

I.

Complacerse en criticar á los demás, notar sus vicios y nunca sus virtudes, é interpretar á su manera las palabras y acciones, de quien, no estando presente, mal puede responder de ellas, ha sido ocupacion favorita de personas poseidas de la envidia, y de los ociosos cortesanos que circundan el trono de los reyes. De esta envidia y malevolencia cortesanas ya han sido víctimas algunos de los varones ilustres que han honrado á nuestra patria, y el gran Gonzalo de Córdoba, á pesar de su indisputable mérito, lo era con frecuencia en los salones de la corte del rey don Fernando el Católico. No eran sus defectos los que no podian sufrir aquellos orgullosos cortesanos; eran su mérito, su engrandecimiento y su fortuna; por esto daban á todas sus hazañas que les hacian sombra, aquella maligna interpretacion, que por desgracia llegó al fin á ejercer su influjo funesto en el ánimo del monarca. Antes de que llegase este caso, y un dia en que varios señores, reunidos en las antecámaras de palacio, hablaban poco decorosamente del *Gran Capitan*, erigiéndose en jueces y censores de sus acciones, sonó de improviso detrás de ellos una vigorosa voz pronunciando estas palabras:

—Miente cualquiera que se atreva á calumniar el honor del Gran Capitan.

—¿Quién habla así? exclamaron los cortesanos, aturridos con aquella voz de trueno.

—Yo! contestó, presentándose delante de ellos, un capitan recién venido á la corte, y cuyos desembarazados modales y reluciente armadura contrastaban singularmente con la seda, terciopelo y afectadas maneras de los murmuradores. Tendria este hombre como unos cuarenta años, y algunas canas blanqueaban ya en sus cabellos y su barba; pero era tal la espresion de severidad de las marcadas facciones de su rostro, afeado con algunas cicatrices, que imponia aun á los mas osados. Los cortesanos sin embargo mirándole con desprecio le preguntaron con altanería:

—Es á nosotros á quienes van dirigidas vuestras palabras?

—A vosotros, replicó el capitan con su mismo aire marcial, y si alguno hay que sostenga lo contrario, ya puede recoger ese guante; y al mismo tiempo arrojó su guante sobre la alfombra que cubria el pavimento. Ninguno de los cortesanos tuvo tiempo de recoger el guante, habiendo de retroceder sorprendidos con la presencia del rey don Fernando el Católico, que sin anunciarse apareció de repente en medio de ellos. El monarca habia sin duda escuchado la conversacion, porque alzando el guante y devolviéndoselo al capitan le dijo:

—Guardad para mejor ocasion ese denuesto que en otras habeis sabido manifestar.

Aunque el suspicaz y caviloso ánimo del rey no dejaba de dar algun crédito á las sugerencias contra Gonzalo, conforme luego lo patentizaron los resultados, por entonces no lo manifestó, antes al contrario, vuelto á sus cortesanos, les dijo con cierta entereza:

—No se debe hablar mal de quien acaba de conquistarme un reino. Retiráos, caballeros, espero que este lance no tenga resultados.

Despues, al verse solo el monarca con el hombre que tan resueltamente habia tomado la defensa de Gonzalo, le dijo:

—Sabeis, que merecia castigo el desacato de armar reyertas dentro de mi mismo palacio?

—¡Perdonad!.... exclamó el capitan, al notar la severidad del monarca; pero este cambiándola de repente en benévola sonrisa y tendiéndole afectuosamente la mano contestó:

—Estais perdonado.

II.

Ya es tiempo de saber quien era este hombre desconocido con quien guardaba tales consideraciones el poderoso rey Católico de España. Era hijo de un antiguo soldado: habia nacido en Trujillo en el año de 1466, y ya desde los doce años habia seguido al lado de su padre la carrera de las armas. Habia hecho su aprendizaje en la guerra de Portugal, pasando despues á servir en la de Granada, encontrándose en la rendicion de Baeza, de Velez, de Málaga, embalsamada con sus jardines, y de Granada, orgullosa con su opulencia moruna y las soberbias torres de la Alhambra. Despues, cuando la nueva guerra de Italia inflamó cuanto habia de noble y generoso en España, partió á despecho de su familia, á dar pruebas de su valor en aquel pintoresco suelo, donde ya le habia precedido la fama de sus proezas. Acreditó bien pronto que la tenia bien merecida, en la toma de Montefiascone, y sobre todo en el asalto de Ostia, donde habiendo subido el primero á la brecha con espanto de los enemigos, gritó á los que venian en pos de él:

—¡Seguidme, españoles, yo os abriré el camino de la victoria!

Habia perseguido á los Orsinis, quitándoles las plazas de Zofora y de Faenza, y á los franceses los castillos de Cosenza y Manfredonia. Habia tenido gran parte en la toma de Cefalonia y de Rufo y se habia hallado en las batallas de Semmara, Cerinolas, San Germano y Roca Guillerma. Se habia acampado á vista de las antiguas ciudades de Italia; habia dormido en las márgenes del Garigliano, meditando su célebre desafio á todos los franceses que defendian el puente, donde sostuvo él so-

lo el choque de todo un ejército, hasta dar tiempo á los suyos de que se apoderáran de aquel importante paso; y por último, habia entrado triunfante en Nápoles la del hermoso cielo, antes de regresar á su patria y á su pueblo natal á la edad de cuarenta años. Ni fueron estas sus últimas campañas, porque su inextinguible ardor bélico y aquella necesidad para él de buscar ocasiones en que arriesgar su vida, le llevaron despues á los sitios de Verona y de Vicenza, y aun alcanzó á tomar parte en las tan memorables como gloriosas empresas del Carlos I de España.

Este hombre singular, de fogoso carácter y robusto cuerpo, en el que ostentaba las honoríficas cicatrices de treinta y seis heridas: este soldado modelo de todas las virtudes militares en aquellos admirables tercios de eterno renombre en el ejército español, se llamaba DOX DIEGO GARCIA DE PAREDES.

III.

El merecido renombre de este ilustre español estaba fundado, no solo en sus referidas hazañas, sino tambien en su carácter pundonoroso y caballeresco, y hasta en su prodigiosa fuerza corporal. De ambas cosas dió brillantes pruebas en su dilatada carrera militar y es imposible hablar de ella sin citar algunas. En cuanto á su fuerza se cuenta que ya desde pequeño arrancó un dia la pila del agua bendita en la iglesia de su pueblo y se la llevó á su madre para que tomase el agua con mas comodidad. Mas adelante no habia ningun mozo que le disputase el tiro de barra, y en cierta ocasion arrancó una reja que le estorbaba en lances de amoríos. En la toma de Montefiascone, él fué quien con su brazo de hierro rompió las barras y cerrojos de la puerta principal, facilitando así la entrada de las tropas del sumo pontífice, que hicieron gran destrozo en la plaza. En el torneo de Barleta, peleando contra los franceses, entre quienes estaba Bayardo, *el caballero sin miedo y sin man-cilla*, viéndose ya con tres heridas en la cabeza, sin espada, y solo contra tantos, se acercó al lindero del campo y levantando á dos manos las enormes piedras que habian puesto para formar el vallado, aplastaba con ellas á los enemigos que osaban acercarse. Esta serenidad que le acompañaba al hacer uso de sus portentosas facultades en momentos de mayor peligro, en ninguna ocasion se mostró con tanto realce como en la conquista de Cefalonia. Trataban los venecianos de recobrar esta plaza que les habian quitado los turcos, y llamaron en su auxilio á los españoles, aliados á la sazón con la república. García de Paredes, uno de los capitanes enviados, distinguíase como siempre por su valor, su fuerza y su estatura. Rechazando una salida de los enemigos, llegó de los primeros en su persecucion hasta las murallas de la plaza, desde las que arrojaron sobre él varios garfios de hierro que se agarraron en las piezas de su armadura. Usábase por aquella época este artificio bélico en la defensa de las plazas, desde las que hombres ejercitados lograbán asir algunos campeones enemigos, subiéndolos con espanto de cuantos lo miraban á encontrar su muerte sobre la muralla. El animoso García, ni perdió su serenidad ni trató de llamar en su auxilio, ni desprenderse de los garfios: todo al contrario, se dejó arrebatar á la muralla, cuidando únicamente de conservar su escudo y su espada. Puesto arriba, tendió sin vida á los primeros que se acercaron y abriendo paso al rededor de sí, se llegó á un parapeto que le cubria la espalda y allí se defendió por todo un dia de numerosos enemigos. Horrendos gritos de júbilo lanzaron los turcos, cuando al fin le vieron caer, rendido de fatiga y debilitado por la pérdida de la sangre. Lleváronle á una prision, donde á pesar de su estado le maniataron con fuertes cadenas. Allí permaneció encerrado, pasando

grandes trabajos, agoviado por la tristeza y contrariado su genio marcial y emprendedor en aquella forzada inaccion. Un dia llegó á sus oídos un confuso y lejano rumor, seguido de grande agitacion dentro de la plaza. Eran los venecianos que se disponian á dar el último asalto, mandados por Pesaro su general y tambien de las tropas auxiliares. En breve escuchó Paredes las voces de mando de gefes conocidos, el ruido de los instrumentos bélicos y los disparos de una y otra parte. Despues cuando conoció que se daba el asalto y él no estaba al frente de sus tropas; que la plaza iba á ser tomada sin que él, atado allí como un león á su cadena, pudiese tomar parte en los peligros de aquel dia y venganza de sus enemigos, el furor y la desesperacion se apoderaron de él. Aun no estaban cerradas sus heridas, ni habia recuperado todas sus fuerzas, y sin embargo, poseído de despecho sacude con sus brazos la cadena y logra al fin desprenderse de ella. Abalanzase en seguida á la puerta, la hace crugir sobre sus goznes, arranca pestillos y cerrojos y respira al fin fuera de su prision.—«Ya estoy libre» esclama; pero al mismo tiempo la lanza de un centinela brilla junto á su pecho para disputarle el paso. Paredes se apodera con una mano de la lanza y la sostiene inmóvil, mientras que con la otra alcanza tal golpe al centinela, que le tiende atolondrado á sus pies, saliendo despues á pelear en las calles y contribuyendo con su aparicion y su denuedo al triunfo que obtuvieron las armas cristianas.

Estos hechos que acreditan su valor, auxiliado por una fuerza portentosa, y que si no estuviesen apoyados en documentos incontestables, pudieran parecer hipóboles exageradas, son los que entre sus compañeros de armas le merecieron el renombre de *Sanson de Estremadura*.

IV.

Si su constante amistad con el gran Gonzalo, y la nobleza con que por ella respondió ante los ociosos murmuradores de la corte, no bastasen para dar una idea del carácter generoso y caballeresco de García de Paredes, lo probaria aun mas la notable respuesta que dió al duque César Borgia despues de la toma de Faenza. Quería el irritado duque pasar inhumanamente á cuchillo á todos los habitantes partidarios de los Orsini; pero García se le opuso diciendo:

—Mi espada es la de un soldado y no la de un asesino, y jamás se ensangrienta despues de la victoria. Po-deis, señor, buscar quien os ayude en vuestro proyecto, porque desde este momento ya no sigo vuestras banderas.

Así lo hizo conforme lo prometió, yendo á reunirse á las tropas del Gran Capitan, que invadian el reino de Nápoles. Esta generosa compasion con los enemigos vencidos y desgraciados la tuvo Paredes hasta con sus enemigos personales, conforme lo acreditó en la toma de Ceriñolas. Conquistada la plaza, se habian retirado al castillo el gobernador y los principales oficiales franceses, donde se defendian con el resto de las tropas. Creyendo haber dejado satisfecho el honor militar, se rindieron bajo condiciones ventajosas y aun obtuvieron de García un salvo conducto, para que nadie les inquietase en su salida del castillo, al marchar en busca de los suyos. Hechas estas estipulaciones de un modo amistoso y relevada la guardia del castillo por las tropas españolas, subió Paredes á alojarse en él, donde fué bien recibido por los franceses, cenando amigablemente con el gobernador y sus principales amigos. Estaba demasiado reciente su derrota, para que pudiesen entregarse á la alegría que suele inspirar un banquete, y aunque algunos comensales procuraban ahogar sus recuerdos con el vino, no así otros que dejaban traslucir su resentimiento.

miento: especialmente el gobernador, permanecía inmóvil, silencioso y con aire sombrío. Paredes llevado de un sentimiento de delicadeza y conociendo que su presencia imponía alguna sujeción á los franceses, se levantó de la mesa lo mas pronto posible, retirándose á la estancia que le habian preparado. Entonces pudieron ellos hablar sin recelo, desahogando su resentimiento y tratando de disipar la sombría tristeza del gobernador.

—Aun no está todo perdido, decian, y ese hombre que hoy tanto nos humilla, algun dia ha de caer en nuestras manos.

—Cómo caer! exclamó otro, pues ahora mismo ¿no le tenemos en nuestro poder?

Hubo un momento de silencio, prueba de que estas razones habian sido entendidas y de que ideas de sangre y venganza brotaban ya en aquellas cabezas aca-loradas. Uno al fin pronunció lentamente estas palabras:

—Le tenemos en nuestro poder, le odiamos de muerte y no hay entre todos quien se atreva á dársela!

—Silencio! exclamó el gobernador, á que es proponer lo que no se ha de ejecutar? Eso es mas fácil decirlo que presentarse á ejecutarlo.

Como si estas palabras, mas que reconvenccion fuesen un incentivo del crimen que meditaban, aquellos hombres enardecidos con la cólera y el vino, se levantaron, cogieron sus espadas y profiriendo imprecaciones se dirigieron, sin que nadie pensase impedirselo, al aposento donde Paredes descansaba.



El caballero español, fuese por desconfianza, fuese por un efecto de costumbre adquirida entre las privaciones de la guerra, ó mas bien porque sus proyectos para el inmediato dia le dejaban ya poco tiempo de reposo, no quiso aceptar el magnífico lecho que le estaba preparado, y sin aligerarse siquiera de ropa, se acomodó en un sillón, puesto junto á las colgaduras de la cama. Conservando su espada entre las piernas, reclinó su cabeza sobre un brazo, apoyado en el respaldo del sillón y así trató de pasar lo que faltaba de noche.

Empezaba apenas á conciliar el sueño, cuando se abrió la puerta de la estancia y aparecieron en ella los conjurados, que titubearon al entrar en la cueva del león; pero empujando los últimos á los primeros se lanzaron todos de tropel. Paredes vuelto en sí y conociendo lo que aquello podía ser, puso mano á la espada preguntando—Quién vá? mas viendo que los entrantes habian apagado la luz y se acercaban hácia él, empezó á repartir cuchilladas á diestro y siniestro, redoblándose su cólera al sentir los quites de las espadas contrarias.

—Muera, muera ese maldito español! decian los franceses.

—¡Afuera los traidores! gritaba Paredes con voz de trueno y descargando tales golpes que daban en tierra con aquel á quien alcanzaban, produciendo entre unos y otros tal confusion y estruendo, que sobresaltados los españoles de guardia en la puerta del castillo, acudieron y ocuparon la puerta de la estancia de Paredes, antes que pudiesen salir de ella sus enemigos. Apresáronlos á todos y Paredes á favor de las luces que habian traído, paróse un momento á reconocerlos. Los soldados creian que la primera palabra que pronunciase seria mandarlos ahorcar, y enterados de su perfidia esperaban impacientes la orden de ejecutarlo; mas el generoso Paredes á pesar de que leia en los ojos de sus soldados sus buenos deseos, se espresó en estos términos:

—Es preciso perdonarlos: su muerte ahora que están vencidos y humillados seria una venganza indigna de nosotros; indigna del honor español: dejémoslos vivir con ese perpétuo baldon que han lanzado sobre sus nombres, con ese sello de vergüenza y de infamia que ahora se advierte en sus semblantes.

Partieron al instante todos los franceses del castillo; pero fué necesaria una escolta para preservarlos de los insultos de los soldados que se enfurecian al verlos pasar.

V.

La recompensa que obtuvo don Diego García de Paredes, por tantos servicios y por haber pasado casi los sesenta y cuatro años de su vida en medio de los combates, forzoso es confesar que no fué proporcionada á sus merecimientos. Su nombre respetado de sus contemporáneos ha pasado á la posteridad como el de un valentísimo guerrero, mas sin ir acompañado de uno de aquellos pomposos y aristocráticos títulos á que parece le hacian acreedor sus hazañas, los peligros que habia corrido y tantos combates contra tan diversas naciones. El rey don Fernando el Católico le armó caballero con su propia mano, como lo hizo con otros esclarecidos varones que hicieron á la España árbitra de los destinos de Europa. El Gran Capitan honraba á Paredes á su manera, confiándole las empresas mas peligrosas; y la mas señalada distincion que obtuvo fué debida al emperador Carlos V. Entre las gracias distribuidas por este monarca con el plausible motivo de su coronacion en Bolonia, cupo á Paredes la de ser creado caballero de la espuela de oro. En el diploma que le fué concedido con motivo de esta gracia se relataban, como confesion del mismo emperador, todas las hazañas de Paredes, dejando así á la posteridad un documento auténtico de proezas increíbles, una brillante hoja de servicios, sin igual en los fastos militares de España.

Nuestro Paredes puede decirse que sobrepujó á los antiguos héroes de Grecia y de Roma, realizando hazañas que se habian tenido por fabulosas. Herido y embrazado con el peso de la armadura reprodujo en los torneos y desafíos aquellas gigantescas luchas de la Iliada, á las que ni aun los decantados héroes de Homero se entregaban, sin ejercicios preparatorios propios de los atle-

tas. Si Horacio Cocles, ayudado de Largio Herminio, defendió el paso del Janículo contra las tropas de Porsena hasta que los romanos cortaron el puente á sus espaldas, para impedirles penetrar en Roma, Paredes para facilitar á los españoles el paso del puente de Garigliano, sostuvo el choque de un ejército, solo y espuesto á los tiros de la artillería enemiga. En fin, todas las cir-

cunstancias de la vida de este célebre campeón hispano, son tan recomendables y tan asombrosas las particularidades del empleo de su fuerza, que su memoria no puede menos de ser grata á los que se interesan en las glorias de su patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

NOTICIAS

DEL DISTRITO DE OVIEDO Á SALAS Y MIRANDA

EN EL PRINCIPADO DE ASTURIAS.

A cuatro leguas al poniente de la ciudad de Oviedo, se halla la villa de Grado de que vamos á ocuparnos, para volver á nuestra suspendida tarea de las descripciones parciales de la provincia de Asturias segun que ofrecemos algunas muestras en los números del Museo, que forman la coleccion del año anterior.

Por la derecha del camino que se vá siguiendo desde las afueras de la capital, corre la montaña de Naranco, que se prolonga mas de una legua por el N. O. El terreno del Concejo de las Regueras que se atraviesa es todo calizo, compuesto de montañuelas, crestones y peñascales, encuyos intermedios hay tierras de labor muy fértiles aunque escasas. Atravesado el rio Nora por un mal puente de piedra, que es obra de fines del siglo pasado, se sube á lo alto de una colina en donde está el lugar de Escamplero, al cual llegó en noche oscura, y descaminado el infante don Enrique cuando vino á guarecerse a Asturias de la persecucion de su inflexible hermano el rey don Pedro. Habitaba en aquel pueblo un hidalgo llamado Rodrigo Alfonso, que por caridad ofrecia albergue á los peregrinos: tuvo por tal á don Enrique; mas descubriendo bien pronto su alta clase, le hizo los mayores obsequios, y le fué acompañando en su marcha con otros seis escuderos sus convecinos, hasta ponerlo en salvo. Cuando don Enrique con la muerte de su hermano, hubo alcanzado el trono premió este servicio con notables mercedes; y desde entonces los sucesores de Rodrigo Alfonso y sus compañeros fueron conocidos con el título de *Escuderos de las Regueras* (1).

Andada una legua toca ya el camino las aguas del claro y caudaloso Nalon, inceptadas al parecer por la sierra de la Peral que fué cortada por su corriente. En la parte mas angosta de esta garganta, que es la puerta de entrada al hermoso valle de Grado, se halla construido el puente Peñafior, que sin deterioro resiste por trescientos años las inmensas crecidas del rio, que por allí pasa recogido y acumulado, por los bordes de roca viva de ambas orillas; contra los cuales intestan los ingresos del puente que por esta razon es superior á los embates de las mayores corrientes. Este sitio fúnebre escita naturalmente ideas de enagenamiento y sorpresa, las cuales se convierten en horriboras al contemplar los actos de inhumanidad que en él tuvieron lugar, cuando las tropas francesas procedentes de Galicia al mando del sanguinario Ney penetraron en Asturias. Habian creído los paisanos de la comarca, como poco avezados á las artes de la guerra, poder disputar el paso á sus invasores al favor de las dos peñas escarpadas que amparan el

puente y á cubierto de sus mismos pretiles. La accion fué muy poco reñida; porque á una division aguerrida y fuerte de 8.000 hombres no podian embarazarle mil paisanos con algunas compañías de soldados visoños que acaso allí habia. La posicion fué al instante envuelta, y los paisanos puestos en dispersion. Siguiólos el vencedor con sañudo enojo pasando á cuchillo á cuantos ó heridos ó cansados tuvieron la desdicha de caer en sus manos. Mas de cien familias lloraron su horfandad en este dia, sufriendo además los pueblos del contorno la depredacion mas horrible.

Bien luego que se pasa dicho puente, y se sale de la angostura en donde está situado, se entra en el lugar de Peñafior, que bañado de frente por el Nalon y teniendo á su espalda la altura de la Campona es frio y poco bañado por el sol en el invierno. Aqui fué donde el célebre aventurero Gil Blas de Santillana dió principio á la relacion de sus hechos con la molesta plática del ventero charlatan que le hospedó. Perteneció en otro tiempo Peñafior á la jurisdiccion episcopal; redimióse en el siglo XVI, cuyo documento con los demás de su archivo que pereció en la guerra de la independencia, contenía la curiosa cláusula de que los vecinos y hombres buenos de Peñafior «*pudiesen alzarse contra el Sr. Rey si les vedase sus fueros.*»

Al acabar el caserio se aparece de pronto la dilatada vega que lleva el nombre del mismo pueblo; y á media legua y como enseñoreando todo aquel alegre llano se divisa la villa de Grado bañada por el rio Cubia, que tiene á corta distancia su confluencia con el Nalon. Atravesado aquel por el puente de mármol construido con inteligencia, y bajo de buenas reglas en el año de 1769, se entra luego en Grado, que tiene su asiento sobre un plano elevado desde el cual se estiende la vista por las vegas y riberas del rio, que caen mas bajas. Tiene por la parte del norte un alto, cuya pendiente es muy suave y todo cultivado, y encima un rellano desde el cual se goza de agradables vistas. La villa es habitada por trescientos vecinos con casas regulares, calles mal dispuestas y peor empedradas, lo cual hace que el piso sea húmedo en el invierno por falta de descenso de las abundantes aguas pluviales. Celebra mercados los miércoles y domingos de cada semana, y tres ferias al año dentro de su recinto, sin otras mas considerables en la inmediacion.

En sus edificios nada hay de notable salvo la capilla que se denomina de los *Dolores*, levantada en el año de 1716 por don Sancho Fernandez de Miranda marqués de Valdecarzana, para su uso y el de su familia. Es toda de mármol sanguíneo bien labrado, sin labores ni adornos por la parte exterior; pero muchos costosos, y no de mal gusto en la interior. Sus paredes están adornadas con cuadros resaltados labrados con delicadeza, y en el centro de cada uno encaja una pieza embutida de diferente piedra, que por su color oscuro contrasta con el encarnado. Corre por lo alto una cornisa de gran resalte y de es-

(1) Trelles.—Carvallo.—Crónica del rey don Enrique.

merado trabajo, desde la cual arranca la bóveda en la que se ven los mismos adornos que en las paredes. Se entra á la sacristía por dos puertas iguales, una á cada lado del altar, y esta parte no está separada como de ordinario se vé en edificios del mismo género, sino que forma cuerpo con el principal, tiene la misma elevación con menos espacio que la capilla, pero de igual trabajo y mérito artístico. Lástima es que un edificio tan dispendioso hecho sin miramiento á gastos, fuese obra de una época en que no había vuelto sobre sí la buena arquitectura, motivo por el cual se advierten en él defectos muy notables, entre los que aparece el de no estar bien caracterizado el orden á que pertenece; si bien se echa de ver, que sigue principalmente el toscano. Estaba proyectada una galería para el tránsito del palacio, que se halla pocos pasos separado, al coro que debía tener la capilla, pero así este como la citada galería han quedado en proyecto. La munificencia y piedad de su fundador la enriqueció con vasos y lámparas de plata, ornamentos preciosos, y una imagen de la virgen de los Dolores de aventajada escultura, que todo desapareció en la guerra de la independencia. Desde entonces quedó enteramente desmantelada esta capilla, llena de ripio y escombros; pero su dueño actual el Excmo Sr. marqués de Valdehermoso, y de Valdecarzana la mandó de nuevo aderezar, y que se habilitase para el culto á que asiste la gente de la villa, por ser su única iglesia parroquial de mezquinas proporciones, y poco decente para el pueblo en que se halla.

Grado como casi todas las poblaciones de Asturias es desconocido en la historia de la dominación romana, y mas aun en las épocas que la precedieron. Considerando sin embargo su bella situación en medio de la provincia, cercana al mar, y dominando estensa y fértil llanura, puede inferirse de que es muy antiguo. Su nombre, segun el P. Carvallo, es de la lengua vándala y significa *cuidad*; pero ya en el primer tiempo de los reyes de Asturias, es conocido con el de *Pramaro*, del cual se llamó el valle *Val-de-Pramaro*, denominación que conserva aun en la división territorial eclesiástica. La noticia mas antigua que se halla de Grado es de el tiempo de don Ramiro I, que empezó á reinar en el año 842 de la era cristiana. Rebelarase entonces en Asturias el conde Nepociano, hombre inquieto y poderoso, aprovechando la ocasión de hallarse el rey en Castilla. Tuvo éste que dirigirse á Galicia, y allegando en Lugo fuerzas suficientes penetró con ellas en Asturias. Salióle con las suyas al encuentro el conde; se tropezaron ambas huestes en el puente de Lodon, que es en el concejo de Miranda, y sobre su paso se trabó reñida pelea, en la cual rotos y deshechos los del bando del conde, se vió este en la necesidad de retirarse malparado á tierra de *Pramaro*, donde fué preso y puesto á buen recaudo, y despues recluido en un monasterio privado de los beneficios de las luces del día. (1)

Fué siempre Grado, lugar emancipado con jurisdicción propia, que ejercian con plena autoridad sus jueces electivos presidentes del ayuntamiento. En señal de su exención jurisdiccional, ostentaba Grado en medio de su plaza un rollo de piedra sobre el cual descansaba un león echado; cuyo monumento duró casi íntegro hasta estos últimos años. Con ocasión de un motin ocurrido en el campo de San Antonio, proveyó Enrique III, que en adelante solo pudiesen elegir oficio de justicia las personas principales de la villa, que salieron á sosegar el tumulto, trasmitiéndose este derecho á sus sucesores por línea de varón ó de hembra. El motivo de esta reyerta fueron las elecciones concejiles: hubo dos muertos y varios salieron heridos. Los agraciados por el

rey y sus familias, que eran en número de diez, se mantuvieron por mas de trescientos años en el goce de su privilegio con el título de *Ilustre Gremio de Grado*, pero siempre contrariados por los muchos que no disfrutaban de tan envidiable prerrogativa, tuvieron que sostener reñidos y prolongados litigios, de los cuales salieron airoso; pero habiendo crecido en número y poder los enemigos del Gremio, ganaron sentencia al finalizar el siglo pasado para que los cargos de ayuntamiento fuesen de elección general en todo el concejo.

El aborrecimiento al dominio señorial, que distinguía á los vecinos de Grado y el amor á su régimen y fueros, fué causa de haber sufrido un gran desastre en el reinado de don Fernando IV. El muy poderoso caballero Gonzalo Lopez de Coalla pretendia tener derecho jurisdiccional en la villa, que sus moradores le negaron constantemente: hubo sobre esto altercados y diferencias que se fueron exacerbando, hasta el punto de que habiéndose irritado sobremanera aquel prócer apercibido de armas y de gente arremetió á Grado, la ocupó y la redujo á cenizas, causando ademas muchos daños en la tierra. Recuperados los vecinos de la sorpresa que les causó tan horroroso atentado, se pusieron en son de guerra para prenderle, de lo cual advertido Gonzalo Lopez, huyó y se hizo fuerte en el castillo de Aguilar. Tambien allí le siguieron de orden del rey, y habiéndose evadido sin ser visto, fué pregonado como público malhechor, en el año de 1308. (1)

Empero el contratiempo mas deplorable que haya Grado jamás experimentado, ocurrió el día 17 de mayo de 1809, cuando la entrada de las tropas de Napoleon mandadas por Ney, segun que ya indicamos hablando de Peñaflores. Habia este general, penetrado en la provincia por los desfiladeros que la separan de la de Lugo, caminando con toda cautela y apresuramiento para ocupar por sorpresa la capital. Estaba ya en Cornellana, dos horas de Grado, cuando tuvieron la primer noticia sus habitantes. Por fortuna aun pudieron lograr el desamparar sus casas, y cuanto ellas encerraban, y ganar precipitadamente las montañas mas cercanas, recelosos de la suerte que podía caberles, esperando tranquilos á un enemigo que en mil otros puntos de la Península habia señalado su tránsito con actos de atroz vandalismo, con especialidad cuando marchaba á su frente el gefe que ahora lo acaudillaba. Valiera á los moradores tan prudente precaución; pues los enfermos, los ancianos y las mugeres, que mal su grado se hallaron en la imposibilidad de seguirlos, fueron barbaraemente sacrificados, la villa entrada á saco, alcanzando los mismos horrores á las aldeas comarcanas. Aun hoy despues de transcurridos 35 años, no solo la memoria se conserva fresca de tan cruel desafuero; sino que se reconocen sus vestigios, y se lamentan sus consecuencias. De esta manera trataba á pueblos inermes é inofensivos, el hombre que irónicamente se daba el dictado de regenerador de los españoles!

Grado es población que goza de regalados mantenimientos, y hermosas aguas. Situado á tres leguas del mar, y entre los rios Nalon y Narcea, disfruta de sabrosos y abundantes pescados, de las apreciables frutas de Candamo que tiene á la media legua: y sobre todo son conocidas sus excelentes hortalizas y legumbres á cuyo cultivo se presta ventajosamente el terreno ayudado por la pericia de los hortelanos. Fué natural de este pueblo Alonso de Grado, uno de los primeros soldados que acompañaron al gran Cortés en la conquista de Méjico. Tuvo el cargo de Gobernador de Veracruz, y otros muy importantes en aquella célebre jornada.

Antes de partir de aqui deberemos dar alguna razón de un sepulcro que hay en la iglesia parroquial de la

(1) Crónica de don Sebastian.—El obispo don Pelayo.—Don Lucas de Tuy.—El arzobispo don Rodrigo.

(1) Archivo del ayuntamiento de Oviedo.

Mata distante un cuarto de legua corto. Hacen mencion las historias de el caso milagroso ocurrido en tiempo de don Bermudo II hacia el año de 985 con el obispo de Iria, Ataulfo. Habia sido denunciado este prelado al rey como autor de un pecado horrible. Sin otra averiguacion mandóle don Bermudo comparecer á Oviedo donde á la sazón estaba: presentóse el obispo, y habiendo celebrado el santo sacrificio de la misa en la Iglesia de San Salvador se dirigió al palacio real, y al atravesar su patio mandó el rey que soltasen contra él un toro bravísimo que para este objeto tenia encerrado. Corrió el animal hacia el obispo, no con ademán fiero, sino que dócil y sumiso le presentó sus armas, las que cogidas por Ataulfo, sin esfuerzo ni violencia le quedaron en las manos con asombro de los que estaban presentes. (1) Las astas del toro estuvieron algun tiempo para testificacion del milagro colgadas á la puerta de la catedral de Oviedo; el obispo Ataulfo tornó á su diócesis; pero le sobrecogió la muerte en Santa Eulalia de Val-de-pramario, hoy la Mata, donde yacen sus restos mortales. La urna que los contiene es de piedra asperon, de una pieza, de mas de siete pies de largo, sin adorno ni inscripcion alguna. Cúbrela una losa de la misma calidad y tamaño, y todo descansa sobre la tierra, rodeada la urna de verjas fuertes de hierro. Se halla situado este monumento en la iglesia antigua de la Mata, que con motivo de haberse construido arrimada á ella la nueva ha quedado sin uso. Desde entonces se conoció esta parroquia con el nombre de San Ataulfo y despues por corrupcion de Santodolfo que hasta el dia conserva. Mas de ocho siglos descansaron aquí sus cenizas, hasta que en la visita hecha por el señor Pisador, mandó reconocer la urna que aun contenia parte del esqueleto, y echarle para su resguardo el enverjado de hierro de que se hizo mencion.

Al remontar la altura del Fresno una hora de Grado, que ofrece risueñas y variadas perspectivas, parten términos los concejos de Salas y Grado, segun que las aguas se dividen hacia el Narcea ó el Cubia. Hay en la misma cima una capilla en otro tiempo santuario de nombradía, en que actualmente se celebran dos ferias en el mes de setiembre. Tambien este sitio fué ensangrentado diferentes veces durante la guerra contra los franceses, los cuales convirtieron la iglesia en reducto, que fué tomado á viva fuerza por las tropas españolas mandadas por don Pedro de la Barcena, el 19 de marzo de 1811, y atacado tambien con menos éxito en otras ocasiones.

Al descender de esta cumbre está el valle por donde corre el Narcea, estrecho pero fértil y vistoso, en el cual tiene su asiento el lugar de Cornellana (*Corneliana*) con barrios en ambas orillas: para su comunicacion y el tránsito del camino real de Galicia, muy frecuentado en todos tiempos, se construyó en el año de 1831 un bello, y magnífico puente de piedra, que á pesar de su robustez, y considerables dimensiones, fué embestido por el furor de la corriente en las extraordinarias avenidas que sobrevinieron en la primavera del presente año, é inutilizado para el servicio público con detrimento del tráfico y relaciones de todo el pais. A la izquierda del camino se descubre el convento de benedictinos, erigido por la infanta doña Cristina, hermana de Alfonso V, á la entrada del siglo undécimo. (2) Algo mas adelante y junto á la venta llamada de Ramon, brota al pie del camino una fuente intermitente con intervalos muy marcados. Dicese comunmente de que estos guardan la regularidad de las mareas, lo cual no tuvimos ocasion de comprobar. Pasando por medio del caserio disperso de la parroquia de Villanda, se entra en Salas, villa antigua y noble,

cuyo aspecto decadente muestra todavia que tuvo mayor esplendor. Las casas adornadas con escudos y blasones, antes habitadas por sus ilustres dueños, hoy lo están por familias de corta valia, por administradores y cuariales, despues que se establecieron en la corte los ricos solariegos de esta villa.

La primera atencion del que en ella entra, pues no hay otra que pueda ocuparle, es la de haber sido patria de don Fernando Valdés, uno de los varones mas eminentes, de mayor poder, y elevado rango que haya contado la monarquia española en la época de su agigantada dominacion. Se vé su casa en la plaza de la villa, que hoy poseen los condes de Miranda. No ofrece nada de notable sino una alta torre de estructura gótica coronada de almenas, que se comunica con la casa por medio de un arco que sirve de ingreso por aquella parte á la plaza.

Don Fernando Valdés fué hijo de Juan Fernandez de Valdés, y de doña Mencía de Valdés de noble alcurnia; pero no de grandes riquezas. Nació en Salas en 1483, hizo aquí sus primeros estudios; pasó en seguida al colegio de san Bartolomé de Salamanca, en cuya universidad se graduó de licenciado. Se le confirió una canonía en la iglesia colegial de Alcalá de Henares, el deánato de la catedral de Oviedo, y la comision de visitar la Inquisicion de Cuenca y el Consejo de Navarra. La prudencia, capacidad, y maduro juicio con que desempeñó estas comisiones, le abrieron paso á otras mas importantes que le confió Carlos V en Flandes y Alemania; pasó á Lisboa á concertar con poderes de este monarca el matrimonio con la emperatriz doña Isabel, y además en su testamento lo dejó por albacea. Fué sucesivamente obispo de Elna, de Orense, de Leon, de Oviedo, de Sigüenza y Presidente de Castilla. Felipe II le dió la investidura de inquisidor general, arzobispo de Sevilla y Gobernador de estos reynos durante su ausencia en Inglaterra. Tan inmensos cargos necesitaban toda la inteligencia, el tino y la integridad que adornaban al señor Valdés. Los lazos de su privanza no allojaron ni por un dia, y en el auge de su consideracion y fortuna, falleció en Madrid á 9 de diciembre de 1588, á los 85 años de edad.

Las cuantiosas rentas y sueldos que acumuló en su persona, una parte la destinó en vida á limosnas; y es fama de que pasó de seis millones de mrs. la cantidad para este objeto distribuida; y otra parte la destinó á adquirir juros y rentas para las grandes fundaciones, legados y mandas pias que consignó en su testamento; el cual forma un larguísimo catalogo de estas fundaciones, con la correspondiente consignacion de rentas para su sostenimiento. Entre otras debe Oviedo á la liberalidad del prelado de Sevilla, la Universidad literaria con la dotacion para diez y siete cátedras: el colegio de san Gregorio con 100.000 mrs. de renta: un hospital para curacion de estudiantes pobres, y un colegio para recogimiento de doncellas honradas. Su munificencia alcanzó á todos los puntos en donde habia ejercido el cargo pastoral, con limosnas considerables á pobres, hospitales, comunidades religiosas y otros establecimientos piadosos. En Salas su patria, dejó un legado perpétuo para los pobres de la misma villa y su concejo, otro para sus parientes pobres, para sus criados y las familias de estos; con fondos para aderezar caminos en todo el distrito, y además erigió la iglesia colegial con suficiente número de canónigos y dependientes, que hoy hace de parroquia en que está el magnífico monumento sepulcral de que nos resta hablar.

Nada de particular ofrece el indicado templo, sino por la cualidad de sólido y espacioso. En el presbiterio y al lado del Evangelio se ve el cenotáfio donde descansan las cenizas del arzobispo Valdés, la obra mejor de su género que existe en Asturias, y una sin disputa de las

(1) Mariana. — Risco. — Sandoval. — Yepes.

(2) Mariana. — Ferreras. — Garibay. — Don Lucas de Tuy. — El arzobispo don Rodrigo.

mas bellas de España. Se compone de un zócalo con entablamento sencillo en que están las armas de Valdés. Sobre él descansa un cuerpo con cuatro columnas jónicas, dos á cada lado, dejando en el medio un espacio en donde hay una hornacina con un excelente grupo que representa al arzobispo orando devotamente junto á un reclinatorio con capa pontifical, y junto á él tres diáconos en pie que le acompañan. Está adornado el fondo de la hornacina con un medallón que representa de medio relieve la Resurrección del Señor. A los lados y en sus correspondientes nichos, la Esperanza y la Caridad; en el ático que se eleva sobre el centro de este cuerpo la Teología en ademán de sojuzgar el Error que se ve prostrado á sus pies. Corona dicho ático un frontis triangular que termina en una cruz á la cual están asidos dos angelitos. A cada lado hay dos estatuas pareadas que representan las Virtudes Teologales. Tiene dos inscripciones, una castellana, otra latina, que contienen el nacimiento, estudios y diferentes cargos, que desempeñó el señor Valdés.

Toda la obra, así como las catorce estatuas que la adornan, son de mármol blanco, sin que nos conste la mano esperta que en ellas se ejerció, ni el lugar de su construcción. Acabóse toda la obra en el año de 1580 por los testamentarios del prelado, cuyos restos fueron trasladados con magnífico y fúnebre aparato desde Madrid á Salas. Dicha fué por cierto que tan estimable monumento se hubiese escapado al espíritu devastador de la soldadesca francesa; y de la ilustrada rapacidad de su emperador, que acostumbraba á trasladar á los museos de París las obras de las bellas artes que se libraban del furor de sus legiones ó de la rapiña de sus mariscales.

Caminando desde Salas á Miranda para regresar á Oviedo con algun rodeo, se encuentra el primero el lugar de *Godán* cuyo nombre es de origen bien conocido. Todo el país por esta parte ofrece muestras de antiguas labores de minas, que debieron durar muchos siglos, y en épocas muy distintas. En la parroquia de Godán hallanse escavaciones, cáuces, macizos y montones de escombros en crecido número, cuyo examen mereciera bien la atención, para el conocimiento de lo que actualmente pudiera producir el país. En el lugar de Carlés que se halla mas adelante, hay tambien minas de cobre aun no explotadas, y lo mismo hacia Soto de los Infantes, que está ya á la caída de la montaña hacia el valle de Miranda. Pareciéndonos dignas de atención las obras antiguas del lavado aurífero que se descubren en la sierra de la Brueba, á cuyo pie nos hallamos, nos encaminamos allí, bien que por camino pendiente, áspero y desu-

sado, reconociendo antes una mina abandonada de plata en el lugar de Tablado donde principia dicha sierra.

En su parte culminante distingüese desde luego los antiguos cáuces, que por mas de dos leguas contando las grandes sinuosidades del terreno, traían el agua para el lavado de las arenas, cuyos residuos contenían el oro. Tomaban su origen dichos cáuces en el arroyo del pueblo de las Estacas, por sobre el cual pasaban las aguas con una corriente poco perceptible, mediante la perfecta nivelación que les proporcionaban los cáuces, aunque contruidos en terreno desigual, pendiente y peñascoso. No lejos de su arranque se interpone una montaña de piedra silicea muy dura, que fue preciso taladrar, para dar paso á las aguas, venciendo despues multitud de obstáculos para llevarlas á su término. Por toda esta parte se registran escavaciones considerables, particularmente en el Valle de Vegega, y en Santa Marina que pudieron recibir el agua de los referidos conductos, pues que su destino era el mismo de que trata Plinio hablando del beneficio del oro en Asturias. Desleíáse las arenas en los remansos hechos á ciertas distancias, haciendo que la tierra y otras materias estrañas corriesen disueltas en el agua quedando en el fondo las pesadas que despues quemaban para estraer el oro por fundición. Por todo lo largo de las acéquias atravesaban ramas de un arbusto que las romanos llamaban *ulices* hoy *uces* ó brezo muy comun en todas aquellas sierras, para que el polvillo aurífero se pegase á sus hojas para quemarlas y obtener el metal. En el mismo parage por donde vá el camino al remontar la cumbre desde la cual se avista Miranda, hay un hundimiento hecho para proporcionar gran copia de arenas á los labaderos, al modo que acostumbraban á hacerlo los romanos segun la descripción de Plinio. Junto á este sitio se halla tambien una muy rica mina de hierro, que el señor conde de Toreno en su memoria presentada á la sociedad Asturiana, llamó de acero.

El puente de San Martin de Lodon que se pasa inmediatamente que se desciende al llano de Miranda, hace recordar la batalla que allí tuvo lugar contra el rebelde conde Nepociano, segun dejamos apuntado, y otra en el mismo sitio que sostuvieron las tropas españolas al mando del general Balcena y la division francesa á las órdenes de Barthelemy, que llevó la peor parte, pues hubo de retirarse á Grado desordenado y mohino. Siguiendo el valle se vuelve otra vez á la altura del Fresno de que queda hecha mencion, siguiendo á Oviedo el camino mismo que hemos descrito.

JOSÉ ARIAS DE MIRANDA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

FELICIA.

Era la época de los baños, estación deseada de los que esperan recobrar su salud en los manantiales; tesoros del cielo, que la Providencia depositó en las entrañas de la tierra. Panticosa era el lugar de la escena que queremos referir. Panticosa, pueblo reducido, situado en la falda de los Pirineos del alto Aragón, y que posee una abundante mina que explota, con sus aguas que producen efectos casi milagrosos. Muchas son las gentes que con el uso de ellas han conseguido el alivio de sus dolencias y muchas tambien, cada vez mas, las que

acuden á buscarle. En uno de estos últimos años, se citaba de entre las personas mas conocidas por sus riquezas, su alta posición social ó talento, que acudieron á aquel punto, al ilustre duque de Villa-labrada, á quien no estorbó al deseo de recobrar su salud entre las nieblas de las montañas, el sentimiento que naturalmente debió causarle el abandonar el hermoso cielo de Andalucía, en cuyas provincias habia permanecido los dos años anteriores. Ultimamente, no obstante su avanzada edad, pues contaba setenta años, se habia decidido el duque á seguir el parecer de los médicos, que le afirmaban hallarla, sino la entera estirpación de sus males, consuelo y alivio de ellos mismos.

La concurrencia de bañantes era tal, que cuando lle-

gó no pudo conseguir una casa entera para habitarla el solo con sus criados, y tuvo que conformarse con la que le proporcionaron, grande en verdad y cuya parte principal le cedían, pero que también albergaba á una familia francesa á la que su escasa fortuna no permitía tener alquilado mas que un departamento modesto y subalterno. Esta familia sin embargo no incomodaba ni hacia ruido porque no era numerosa; constaba solo de tres personas, de Mr. Vile-roy, su señora, y Felicia su hija. Mr. Vile-roy procedente de una ilustre familia, fué por desgracia el último de cinco hijos que tuvo su padre y de consiguiente no poseyó nunca otra fortuna ni tampoco tuvo otra profesion, que la de amante de la literatura, particularmente de la bella poesia, y aficionado á investigaciones estudiosas que no le habian producido hasta entonces un solo volumen que conviniere á los libreros y editores; de suerte que ya con estos precedentes y sin ignorar que se casó muy jóven con una señorita española que carecia de todo otro patrimonio que su virtud, no es necesario demasiado esfuerzo para convencerse de que siempre fué pobre; y que ahora no debia estar muy sobrado cuando ninguno de los términos de la cuestion se habia alterado. Verdaderamente no se creia desgraciado en su pobreza, que ya era escasa, mas que cuando pensaba en los dos seres que tenia al lado y que de ella participaban; Vile-roy en el estudio hallaba recompensados los gozes que le pudieran proporcionar la fortuna; mas no así su muger, que experimentaba doblemente toda la amargura de su penosa situacion, por su hija mas que por sí misma, al extremo de alterarse su salud de una manera alarmante. Los médicos la mandaron que tomase las aguas de Panticosa y su idólatra marido no vaciló un instante en hacer hasta el último sacrificio para el viage.

Una de las casualidades que son tan frecuentes entre personas que habitan bajo de un mismo techo, hizo que se conocieran Mr. Vile-roy y el duque de Villa-labrada; y este á quien sus dolores retenían siempre en casa, sin mas distraccion cada dia que tomar el baño con las precauciones que le habian prescrito, llegó á desear la compañía de su buen vecino el francés, cuyo talento é instruccion apreciaba, tanto cuanto le habia agradado su urbanidad y elegantes á la par que delicadas y sencillas maneras.

Andando el tiempo llegó el caso á Vile-roy de presentar al duque su familia; poco mas tarde este los convidó á comer y aceptada la invitacion y verificado el convite una vez, no hubo dificultad en que con mas frecuencia se repitiera. La esposa del francés que en otro tiempo, en la época primera despues de su matrimonio, habia frecuentado la sociedad elegante de París, conservaba aun esa amenidad en la conversacion, y ese buen gusto y tacto que se adquiere con el roce de personas distinguidas, y que nos hace tan agradable el trato de algunas gentes. Felicia á quien habia educado con el esmero de una madre que comprendo el sagrado de sus deberes, iba á cumplir diez y siete años, y poseia todo género de habilidades, á mas de su despejo natural y de un juicio y reflexiva madurez, que pocas veces se adquiere fuera del círculo de una posicion poco ventajosa en la sociedad; la extrema sencillez de su traje, no robaba ningun encanto á su belleza nada vulgar; sus negros y lustrosos cabellos sueltos en rizos que caían acariciando su garganta y los suaves contornos de sus espaldas, y la modesta bata de chaconada que ceñía su lindo y ligero talle, la sentaba mejor y realzaban su hermosura mas que lo pudieran haber hecho las telas de brocado y los aderezos de fina pedrería; el vestusto duque no podia mirarla sin acordarse de las vírgenes de Rafael y de Murillo, que tenia en las galerias de sus palacios de Sevilla y de Madrid.

A pesar de todo, no era lo que mas seducia al de Vi-

lla-labrada la celestial figura de Felicia, sino su dulce y melodiosa voz que consintió en dejar oír cuando despues fueron mas íntimas sus relaciones, y el sentido y verdad que cuando leía, prestaba con su acento espresivo á los elegantes versos de nuestros poetas cuya habla le era familiar porque su madre se la habia enseñado desde niña. Felicia, pues, era el mas fiel intérprete de Garcilaso y de Melendez, y bien fuera que cantase ó que leyera, el duque olvidaba sus padecimientos y se creia rejuvenecido en treinta años á lo menos.

Mas tarde, cuando no habia aun espirado el término de los baños, fué el resultado de esta intimidad, pedir el duque á Mr. Vile-roy la mano de su hija.

A pesar de lo brillante y seductor que bajo todos conceptos se ofrecia este enlace á los padres de Felicia, no pudieron menos de hacérselo conocer con temor, sin embargo del gran cuidado que tuvieron de hacer antes la salvedad de que nada habia prometido, que no mediaba el mas leve compromiso, y que por consiguiente su voluntad estaba libre y podia sin género de coaccion alguna rehusar el partido que se le habia presentado. Púsose la pobre jóven palida y temblorosa desde la primera palabra que acerca de este asunto comenzaron á hablarla los autores de sus dias, tan agena estaba de pensarlo, ella que habia considerado siempre al duque solo como un objeto de respeto y de piedad; pero al mismo tiempo sus ojos se volvieron instintivamente á considerar á su madre, y adivinando su abatimiento y contemplando sus miradas, en cuya languidez se retrataba al doloroso efecto de sus pesares y pobreza, hizo un esfuerzo para sonreír y dijo; que gustosamente se casaria con el duque.

Tres semanas despues, salió de Panticosa para Madrid el de Villa-labrada, con Felicia, duquesa ya; pero no sin haber asegurado antes á los padres de su muger una decorosa subsistencia. Estos se retiraron á acabar el resto de su vida en una hermosa quinta que poseían en las pintorescas cercanías de Burdeos, y de la que les hizo donacion formal, así como tambien de una renta de mil quinientos pesos anuales.

La pobre Felicia no tenia solo que sufrir la desgracia de separarse de aquellos con quienes hasta entonces habia vivido, sino que le era preciso habitar un pais que no conocia, vivir rodeada de personas estrañas y al lado de un anciano á quien los padecimientos alteraban con frecuencia su carácter naturalmente bueno y cariñoso. Sin embargo, estaba muy lejos de murmurar de su suerte, y cuando durante la monotonía del viage, se apoderaba de su alma cierta tristeza que no era dueña de dominar, se sorprendia, y reprendiéndose á sí misma, pensaba en la quinta que debían habitar sus padres, y en lo dichosamente que terminarian su existencia al abrigo de todas las necesidades y bendiciendo á su hija.

Tan notable fué el alivio que sintió el duque con las bienhechoras aguas que habia tomado, que á su llegada á Madrid pudo él mismo presentar en la corte y á sus amigos á la jóven duquesita, que fué acogida de todos como su hermosura y bellas prendas merecian, ademas de la importancia que su elevada posicion la grangeaba. Esta, que aparte de todos los otros atractivos conocia cuan poco propósito era un esposo de setenta años, para desanimar los adoradores de una muchacha bonita, y que solo contaba diez y siete años pensó con razon que solo la mas extrema rigidez en su conducta, podia conjurar todo género de malignas murmuraciones y grangearla la estimacion de las gentes y el aprecio del mundo. Jamás queria salir sin que su marido la acompañase y como este no podia mas que alguna vez muy rara, se conformaba sin violencia á la vida sedentaria, porque tambien estaba mas en armonia con sus gustos y sus antiguas costumbres. Era antipática de las grandes fiestas y de las numerosas reuniones; no era aficionada

á ostentar lujosas galas, y no consentia hacerlo mas que en algunas imprescindibles ocasiones, por satisfacer los deseos de su marido que gustaba verla brillante y seductora; le habia regalado el duque todos los diamantes de su primera muger que ascendian al valor de un millon de reales; pero nunca gastaba ninguno de estos aderezos; solo una joya de entre todas habia fijado su atencion y era una pulsera sencilla, que tenia engastado el retrato de Villa-labrada cuando era de veinte años. Este retrato que debió ser muy parecido, pues que aun el duque conservaba el aire que espresaba la imagen de su juventud, daba idea de un gallardo jóven; lo proporcionado y gracioso de sus facciones, sus grandes ojos negros y su sonrisa encantadora, le hacian mas sensible el contraste entre la miniatura que adornaba siempre su brazo y el original que Felicia poseia, no habiendo vez que no suspirase al considerarle, y que no dijera para sí, que era fuerte desventura el que á su marido le hubiesen los años cambiado de tal manera.

Verdad es que si hacia poco caso la duquesita de los goces que rehusaba buscar en la sociedad, no sucedia lo mismo con los que proporciona una posicion como la suya, de riquezas y conveniencias nada comunes; no era por ejemplo insensible al placer de habitar en el invierno uno de los mas notables palacios de Madrid y en el verano una de las encantadoras posesiones de campo, de que era dueño su marido; y no lo era tampoco al de poseer con profusion todo aquello que lisonjeara su decidida aficion por los productos de las artes. Los incesantes cuidados y la compañía de esta amable criatura prolongaban la vida del anciano, dulcificando sus instantes, y ayudándole á sobrellevar sus padecimientos, y este por su parte la procuraba con profusion todos los goces de que puede disponer una gran fortuna. Era uno entre varios el suministrarle abundantemente los medios necesarios para dedicarse á la beneficencia, que ejercia con tino y liberalidad, y cuando Felicia colmada de bendiciones de algun desgraciado, volvía al lado de su marido para ocupar su puesto de enfermera, venia risueña, satisfecho su corazon, y lejos de entregarse á tristes reflexiones, no sentía otra necesidad que la de demostrar á su anciano amigo, su ternura y agradecimiento.

Poco mas de diez y ocho meses habian trascurrido desde el matrimonio de Felicia, y se hallaban los dos esposos en su casa de campo situada á poca distancia de la corte, cuando una tarde anunció el duque á Felicia la visita que á la mañana siguiente debían hacerle, una hermana suya y un sobrino, á los que aun no habia dado á conocer por haber estado ausentes y viajando durante dos años enteros.

En efecto, al dia siguiente se presentaron aunque á hora muy avanzada de la mañana.

La condesa de San Antero conservaba alguna parte de su celebrada y antigua hermosura y su cabeza erguida y su altiva mirada, demostraban todo el orgullo de una familia que remontaba sus blasones á tiempos atrás de los feudos, reasumido en este noble vástago; y en cuanto á Eugenio su hijo, jóven que á lo mas contaría veinte y cinco años, era de elegante presencia, y al verle Felicia por la vez primera no fué dueña de reprimir una exclamacion de sorpresa, considerando era vivo retrato suyo la miniatura de su pulsera. Hermana y sobrino, se acercaron al duque para abrazarle con ternura, mas como este se apresurase entonces á presentarles su muger, cambiábase la espresion de sus semblantes, y ambos saludaron á Felicia con tanta frialdad y reservado acento, que se oprimió dolorosamente el corazon de la pobre niña.

Pasados los afectuosos cumplidos, se entabló como estaba en el orden, una conversacion íntima y familiar entre los dos hermanos y el sobrino, y que como es fácil de suponer recaía sobre los sucesos del viaje. Pregun-

taba el duque á Eugenio relativamente lo que mas de notable habia visto en Francia y en Italia, y este se producía en sus respuestas con tanta precision y elegancia, se animaban sus bellos ojos de tal manera al dar cuenta á su noble tío de las diferentes impresiones que habia experimentado, que encantaba á Felicia; pero esta aunque acostumbrada solo á seguir la conversacion lenta y monótona del anciano, no se permitía á sí misma escucharle en desquite siquiera del ligero resentimiento que habia herido su corazon.

Este resentimiento, era muy natural y estaba suficientemente justificado por la ofensiva manera con que los dos parientes trataban á la dulce criatura, á quien la casualidad ó la fortuna, habia hecho que ingresara en su familia; porque no solamente no dirigian la palabra directamente á Felicia, sino que cuando rodando la conversacion hablaba algo, ninguno de los dos la contestaban, y si alguna vez se fijaban en la pobre jóven las miradas de Eugenio, manifestaba en ellas cierta desdenosa espresion que no se ocultó á la penetracion de la duquesita, y que profundamente la afectaba.

Ninguna mudanza se efectuó en el tono y maneras de sus convidados durante la comida, sin embargo de la gracia y urbanidad que demostró haciendo los honores á la mesa como requeria su lugar de señora de la casa; un helado y escaso cumplimento que la llenaba de pesadumbre, contestaba siempre á su amabilidad y benevolencia. En fin, la noche llegó, y la condesa y su hijo se despidieron sin haber dirigido una sola palabra cariñosa á la inocente criatura, de quien tan injustamente suponian habia vendido su belleza y juventud por un título de oro.

Fué el primer cuidado del duque, despues que quedó solo con su muger, el de preguntarle, si habia quedado satisfecha de las relaciones establecidas con sus nuevos parientes, y Felicia que era de natural demasiado indulgente y generoso para ostentar su queja, persuadió á su anciano amigo, que era muy poco observador, de que la condesa y su hijo se habian producido con ella como correspondia. Entonces el de Villa-labrada, comenzó á hacer el panegirico de su sobrino, sin ocultar nada de cuanto podia realzarle, tanto en su talento como en las escogidas prendas de su corazon, y en prueba de lo que decia, le refirió algunos rasgos de su niñez, que excitaron de tal manera la curiosidad é interés de Felicia, que vió con sentimiento cesar esta conversacion.

Mas tarde sola ya en su gabinete, recordaba con placer y sin saber porqué, todas las escenas de aquel dia que consideraba el mas feliz de su vida; y lejos de ver en Eugenio un objeto de resentimiento, no cesaba, aunque fuese distraidamente, de representarse la imagen de aquel jóven que habia prodigado á todos menos á ella sus graciosas sonrisas. Incapaz su alma de abrigar viles y odiosos cálculos, no suponía que Eugenio y la condesa (en la que en verdad pensaba poco) sospechasen semejante cosa de ella, y la indiferencia que la habian demostrado, la explicaba naturalmente por la extrañeza que debió causarles el ver una estrangera al lado de un pariente á quien amaban, y cuyos afanes y cuidados prefería el duque á los que pudiera su familia prodigarle. «Cuando me traten mas y me conozcan mejor, se decia á sí misma, ya me perdonarán el ayudarles á sembrar algun consuelo en el camino de la vida del hombre á quien soy deudora de la dicha de mis padres.»

Hablando de esta suerte consigo, y entregada á la dulzura de esta alhagüena idea, se desnudaba para acostarse, y al desatar de su brazo la pulsera, quedó con los ojos fijos en el retrato, contemplando la fisonomia del duque de Villa-labrada cuando jóven, hasta la llegada de sus doncellas, á quienes por su mala fortuna habia llamado un momento antes.

Dos días después volvieron la condesa y su hijo á visitar al duque, pero esta visita y las demás que con frecuencia repitieron, arrebataron á Felicia la esperanza que habia concebido; en ellas le fué muy fácil conocer que si por afecto y consideraciones al duque, la guardaban ciertos miramientos indispensables, no por eso dejaban de hacerla entender que su presencia les era desagradable é importuna, y cuando llegó á adquirir esta dolorosa convicción, tuvo mucho cuidado de mantenerse encerrada durante horas enteras en su aposento, mientras que la condesa y su hijo permanecían en la quinta. Sin embargo, á pesar de su conducta y del razonable motivo que la dictaba, no era todo bastante para hacerla desear la emoción que sentía y que no le era posible reprimir en presencia de Eugenio, y bien fuera que guardase silencio ó la hiciese escuchar los aceros de su voz, le era preciso llamar á su socorro y considerar toda la estension de su mancillado amor propio, para violentar su deseo de fijar con frecuencia en él sus miradas. Cuando alguna vez, que eran raras por cierto, se veía en la precision de dirigirle la palabra, se cubrían de carmin sus mejillas, se estremecía, y apenas hallaba palabras que expresaran sus pensamientos, ni pensamientos que guardasen el equilibrio de la posición que debía sostener. Ultimamente, el corazón de la pobre Felicia en otro tiempo, tan pacífico y risueño, estaba ahora poseído de agitación y de tristeza, y no podia conseguir abandonar una imágen que sin cesar la perseguía á despecho de todos sus esfuerzos. Era muy frecuente que cuando por la noche dejaba solo á su

marido un rato, lo pasase en un lindo gabinete dedicado á sus estudios musicales, que habia alhajado ricamente el duque para ella, y allí, apoyada en la barandilla de un balcon que dejaba penetrar la suave brisa de la noche y el perfumado vapor de las flores del jardín, daba rienda suelta á su alma dejándola vagar á su albedrío, y se entregaba á las ideas mas desconsoladoras; el recuerdo de Eugenio, siempre palpitante y cuya sombra no podia alejar, daba pabulo en su pecho á diversidad de sentimientos tan confusos, ya de cólera ó ternura, que sin lograr hacerse superior á su pena, recorría la estancia paseándose agitadamente, hasta que el rocío del llanto vertido en abundancia, aliviaba sus pesares, y la hacia caer arrodillada y suplicante, impetrando del cielo le restituyese la paz y la calma que habia perdido.

La proximidad del invierno, hacia ya indispensable el regreso del duque á su casa de Madrid, y se estremecía Felicia al pensar que estando en la corte, vendría Eugenio todos los días á visitar á su tío, pero sin embargo, muy lejos de alegrarse, lloró y se afligió en extremo la pobre niña, cuando supo que en aquella misma época, un asunto de la mayor importancia, reclamaba en Granada la presencia de la condesa y de su hijo. Acostumbrada á violentarse y á ocultar sus pesadumbres á los ojos de su marido, cuya salud cada vez se deterioraba mas, redobló sus desvelos en procurarle consuelos, que eran también al mismo tiempo el bálsamo de sus pesares, cuando se consideraba satisfecha del cumplimiento sagrado de sus deberes.



Un día que estaba haciendo compañía á Villa-labrada, después de una semana que se hallaba postrado en la cama, recibió el duque una carta de Granada, que mandó á Felicia le leyese. La pobre duquesa obedeció temblando, porque la carta era de Eugenio, y todo lo que á este concernía la llenaba de emoción: pero esta vez fué mas profunda, porque era de Eugenio, que traspassado de dolor, participaba á su tío la muerte de su querida madre; y estaba concebida en términos tan espresivos, y tan sincero era su pesar, que terminó su lectura la pobre Felicia, vertiendo un raudal de lágrimas.

No así el anciano, que desecados sus ojos, ya no deramaron ni una sola gota de llanto; y le acometió un accidente, de cuyas resultas fué preciso avisar al punto al médico, acudieron algunos de sus parientes, y se le prodigaron todos los socorros que su estado reclamaba; pero en vano: sus días estaban contados, y espiró en brazos de su esposa, impetrando para ella la bendición de Dios.

Fué tanto el sentimiento que causó á Felicia la pérdida de su bienhechor, que en muchos días fué imposible distraerla, ni conseguir hiciese otra cosa que llorar la muerte de su buen amigo, y solamente cuando su apoderado la recordó el deber en que estaba de escribir al conde de San Antero, para que asistiera á la lectura del testamento, lograron despertar en su corazón otra idea que la de su pesar. Encargó este cuidado á uno de sus agentes, y á los pocos días recibió contestación, anunciando el conde para dos días después de recibida la carta, su reunión á la asamblea de familia.

Prefijado el día en que había de verificarse y llegado este, penetró Felicia pálida y temblorosa en la estancia en que estaban reunidos y esperándola ya los encargados de cumplir las fórmulas legales; en ella había también algunos parientes lejanos del duque, y Eugenio, conde de San Antero, que mostraba en sus alteradas facciones su intensa aflicción. Esta vez al divisarla, fuese efecto de lo solemne de las circunstancias, ó del respeto que imponían los negros ropajes que vestía la jóven duquesa, la saludó el conde con mas consideración y menos frialdad que en otras ocasiones: en seguida instalado cada uno en el lugar que le correspondía, se procedió á la apertura y lectura de la disposición testamentaria.

En virtud de ella, dejaba el duque y pertenecían ya á su viuda, todos los diamantes de la primera duquesa de Villa-labrada, su palacio de Madrid, su preciosa quinta próxima á la corte, y como medio millon de renta, que era el total de bienes libres, y componía cerca de una cuarta parte de la herencia, dejando lo restante á su sobrino Eugenio de San Antero.

Los términos en que el duque dejó espresadas sus últimas disposiciones, eran tan honoríficos, cariñosos y agradecidos para la viuda, que impresionaron su alma profundamente; en ella se fijaron las miradas de todos, sin exceptuar las de Eugenio, y vieron como de sus bellos ojos que miraban al suelo, se desprendían lágrimas que rodaban dulcemente por sus pálidas mejillas.

Terminado el acto, y en pie todos para retirarse, se acercó la duquesa al escribano para encargarle, que dentro de una hora volviese para tratar de un asunto; en seguida saludando con dulzura y dignidad, salió del salón la primera de todos.

A la mañana siguiente se encontró el conde de San Antero al despertar con un pliego que entre otros papeles contenía una carta que decía así:

«Sin renunciar, señor conde, al reconocimiento eterno de que soy deudora y que conservo á mi muy amado esposo, por las generosas donaciones que me ha hecho, rehuso aceptarlas; porque mi conciencia y mi voluntad así lo exigen. Decidida á reunirme á mis queridos padres, bastará á satisfacer mis moderados deseos, los benefi-

cios y la felicidad que deben al que todos lloramos, y que partirán gustosísimos conmigo. Por lo tanto remito adjunta la legal escritura en que se estiende mi espresa, formal y voluntaria renuncia de la parte de fortuna de mi señor el duque, que estaba en derecho de reclamar sin embargo y con el convencimiento de que á vosos debía pertenecer íntegra y sin la menor desmembración. El agente de la casa, debe haceros entrega del necer que contiene las joyas y pedrería, advirtiendoo de paso que solo he sustraído para conservarlo, un sencillo brazalete ó pulsera, que tiene engastado el retrato de mi bienhechor, y de cuya alhaja me falta decisión suficiente para desprenderme.

«Con este motivo señor conde, tengo el gusto de ofrecerte como atenta servidora Q. B. S. M.

FELICIA, duquesa viuda de Villa-labrada.

El mismo sobre como hemos dicho ya, contenía una acta legalizada en regla, y en la cual renunciaba la viuda sin reticencia alguna, al artículo que le concernía en el testamento.

La sorpresa de Eugenio fué tan grande, y tan vivos los remordimientos que asaltaron su alma con la lectura de esta carta, que se conmovió profundamente y se arrasaron de lágrimas sus ojos; se dejó caer en una silla, su imaginación le reproducía con inesplicables encantos, la jóven y hermosísima criatura á quien tan injustamente había ultrajado con sus desdenes y mezquinas sospechas: y en aquel instante exaltada su mente, se la representaba, cuando á la cabecera de la cama del viejo duque le prodigaba sus cuidados, como el ángel bajado del Paraíso para dilatar los días de su tío, y cuya celestial bondad no pulieron alterar los desprecios de parientes orgullosos.

Ultimamente pensando en la tristísima y solitaria reclusión á que había la duquesa condenado tres de sus mas floridos años, conoció que á la que hizo un día objeto de su menosprecio, era un ángel de resignación, una víctima del amor filial.

«Soy el mas culpable de los hombres! exclamó el conde hablando consigo mismo y revolviendo en su memoria mil detalles de su conducta, que contrastaba fatalmente con la de Felicia; nunca seré dichoso si no impetro y obtengo su perdón.

Diciendo así, tiró del cordon de la campanilla, pidió el coche y al momento y con toda precipitación, hizo que derechamente le condujeran al palacio de Villa-labrada. Allí supo que la duquesa había marchado la tarde antes, encargando á sus criados que en adelante solo tenían que recibir órdenes de Eugenio.

Desesperado el conde de este contratiempo entró en las habitaciones que aposentaran á la duquesa, y en ellas pasó un rato contemplando aquellos solitarios gabinetes donde muchas veces quizás vertería amargo llanto por su causa, y esto le eternecía; después se acercó al piano, ó consideraba con interés las pinturas que decoraban las paredes, productos de su pensamiento, y cuya grata ocupación le proporcionó sabrosas distracciones durante su voluntario cautiverio; entonces Eugenio recordó que su tío había en distintas ocasiones elogiado los talentos de su muger, y que su madre nunca había manifestado deseos de ver sus obras ni de escuchar la voz de la duquesita, y todo esto desgarraba cruelmente su corazón.

Ignorando fijamente en aquella actualidad el sitio de residencia de los parientes de Felicia, procuró informarse, interrogó á los criados, y adquiridas ya algunas noticias, trató al punto de dirigirse en su busca. Desgraciadamente, una ligera aunque importuna indisposición, le retuvo quince días enfermo en la cama y le imposibilitó de emprender el viage hasta pasado mes y medio que se halló del todo restablecido.

Mientras tanto fué recibida de sus padres la duquesa

con los mas indescriptibles estremos de alegría, y poseída de la idea de no alligirlos si descubrian la tristeza que preocupaba su ánimo y que no podia combatir, hacia cuanto le era dable para distraerse. La casita en que vivia disfrutaba de una situación deliciosa para satisfacer su gusto favorito de pasear por los contornos; los pinceles, la música y la lectura alternaban ocupándola la mayor parte del día; pero sin embargo, sus multiplicados recursos no estorbaban que tuviese delante siempre la sombra de Eugenio, y él solo entretenía sus pensamientos durante sus prolongados y solitarios paseos. Sentada muchas veces sobre el tronchado tronco de alguna encina, fijaba sus miradas en el retrato que llevaba siempre en el brazo y permanecía por espacio de muchas horas entregada á las tristes reflexiones que esta contemplacion le suministraba.

Cosa de tres meses haria que vivia en compañía de sus padres, cuando una tarde, de regreso de su acostumbrado paseo salieron de la casa á su encuentro, Mr. Vileroy y su muger, á decirle que se habia perdido la visita de un apuesto jóven que habia manifestado grandísimo sentimiento de no encontrarla en casa.

—Un jóven, exclamó Felicia con sorpresa.

—Sí, un jóven; dijo la madre, el conde de San Antero y duque actual de Villa-labrada que te ha esperado aquí mas de una hora y que ha dicho volverá después.

En tanto que hablaban habian entrado ya en la casa, Felicia estaba de pie y al escuchar á su madre, cayó sin fuerzas y descolorida en la silla mas próxima. «El conde exclamaba, el conde de San Antero, decís?»

—Seguramente, así es como se ha anunciado.

—No es posible, madre mia, replicó Felicia á quien repentinamente se le habia encendido el color del rostro; el conde de San Antero no es posible que haya venido á visitarme, él mismo en persona....

—Y por qué no? exclamó Eugenio, entrando en la sala repentinamente, porqué no habia de ser yo mismo el que viniera á impetrar de vos un generoso perdon?

Tan inmensa fué la emocion de la duquesa que la fué imposible articular una sola palabra; el conde entre tanto restituía á sus manos el acta por la que ella de todo se despojaba, asegurándola al mismo tiempo cien veces su mas respetuosa consideracion y su mas tierno afecto.

Felicia volvió pronto de su desmayo, y facilmente se concebirá lo graciosamente que recibiria á Eugenio. Durante todo el tiempo que debia guardar los lutos por su marido, concurrió diariamente el conde á la casita de Felicia, y despues, previos los necesarios preliminares, fué el conde esposo feliz de su jóven y seductora tia, por segunda vez ya señora y duquesa de Villalabrada.

X***.

ESTUDIOS LITERARIOS.

VALOR DEL TIEMPO

Ó UNA CITA DESGRACIADA.

Composicion leida en el Liceo de Madrid.

—Si vd. guarda en su memoria recuerdos de una amistad que en mas venturosos tiempos aparentaba apreciar;

Si quiere estrechar la mano (por última vez quizá!) de una persona que nunca le ha conseguido olvidar;

Pasado mañana jueves tendrá vd., si es puntual, diez minutos de entrevista, ni uno menos, ni uno mas,

Cuando falten á las once; en la calle de Alcalá, donde sus góndolas tiene la empresa Peninsular.

Cosas grandes é importantes acaso se le dirán, que á poco que le interesen sintiera vd. ignorar.

Concebido en estos términos que he dicho de *pe á pa*, recibí cierto billete la vespera de S. Blas.

Era el papel estrangero, perfumado á la oriental, jaspeado el lacre, en el sello arco, flechas y carcax.

Letra de tremula mano, tinta inglesa verde-mar, los renglones diagonales, la ortografía infernal.

Todo trascendía á faldas, y era bastante á excitar esperanzas de aventura, deseo, y curiosidad,

Mortales fueron las horas que me era fuerza esperar; sonó al fin la de la cita y encaminéme hacia allá.

Bajaba yo presuroso la calle de Fuencarral cuando tres carros y un coche se vinieron á enredar.

—Ande vd. con ese carro..

—Eche usted ese coche atrás..

—No quiero.—Pues yo tampoco..

—Si me enfado...—Voto á san!...

Una turba de curiosos, de los que encuentran solaz en las agenas camorras, se empezaba á acumular.

Daba yo á doscientos diablos del averno caso tal, y procuraba á codazos por los grupos penetrar:

Hasta que sortando ruedas, y entre el bullicio brutal de risadas y blasfemias de uno y otro ganapan;

Este me pisa inhumano, aquel me tira del frac, aquí recibo un pinchazo, un insulto mas allá;

Logré salir á la orilla de aquel proceloso mar, perdiendo tiempo y paciencia, pero sin otro desman.

Cuando hete aquí que á deshora me acometen por detras dos brazos, de que me siento fuertemente aprisionar.

Miro, y veo... ¡Dios le ahogue! un don Fulano de tal que se marchó hace diez años por Italia á viajar.

—¡Oh carissimo scolare!

(dijo en toscano fatal)

il più caro fra li cari

miei amici! ¿come stá?

—Que como estoy? Muy de prisa.

—Cosa avete?—Un grave mal.

—Dove andate così in fretta?

—A la parroquia á avisar

Que un hermano se me muere.

—Qual fratello?—Nicolás.

—E lei domanda al curato...

—Que le vengan á olear.

—Qué desgracia!... dijo entonces en la lengua nacional: ¿en donde vives?, que quiero irte á servir y ayudar.

En qué calle?—Del Colmillo.

—Si me perderé?—(¡Ojalá!)

—Lo apuntaré en mi cartera;

Número?...—Ciento cabal.

—¿Y otras señas?...—No hacen falta; las gentes te guiarán.

—Con todo...—Pues bien, apunta:

hay en la casa un villar;

Fachada fea y ruinosa;

oscuro y sucio portal;

en el medio del arroyo

un perpétuo muladar.

La escalera tenebrosa....

—¿Y es buena la vecindad?.

—Famosa! Diez subtenientes

en el piso principal;

Un cesante en el segundo

con seis chiquillos no mas;

un violinista del Circo

ocupa el primer desvan;

En la inmediata buhardilla
una viuda militar;
tres doncellas sospechosas
en la otra de mas allá;

Hay en la casa dos patios,
un pozo que huele mal,
seis cocineras cantoras,
un músico sacristan;

Diez perros que ladran mucho,
codorniz, pavo real,
dos grillos, un tartamudo,
y un comadron.... ¿quieres mas?

—Te veo un poco impaciente.

—Yo impaciente! Qué! No hay tal.

—Con qué, á Dios, hasta la vista.

—(Antes vea á Satanás!)

Dije, y empecé á galope
por la calle á caminar,
cuando de nuevo me ataja
tercera casualidad.

Un ¡ay! lanzado á mi oreja
con acento funeral,
y un tirón de la casaca
me obligaron á parar.

Era una blonda estupenda,
pomposa, descomunal,
pegada á cierta mantilla
de azulado tafetan.

Blonda que al llegar conmigo
imprudente á emparejar,
en un botón enredada
se improvisaba de ojal.

Pugnaba yo por librarme,
la dama por no rasgar,
crecía con la impaciencia
la misma dificultad.

De tal modo las distancias
se vinieron á estrechar,
que quedamos convertidos
en gemelos de Siam.

Imitemos á Alejandro,
dije, y con fiero ademán,
arranqué el botón inicuo,
y me fui sin saludar.

La Puerta del Sol pisaba,
cuando con aire marcial
en columna un regimiento
me viene el paso á cerrar.

Esperemos que desfile
dije, pese á Barrabás,
cuando la voz de.... *columna*
alto!... el comandante dá.

Mas no fué solo la tropa
la que hizo el *alto*, no tal:
órden mas obedecida
no ha visto España jamás;

Hombres, mugeres, y niños;
de perros un centenar;
cuatro coches, seis carretas,
un escuadron borrical;

Y detrás los vendedores
de utensilios de fumar
compactos se establecieron
en barricada formal.

Todo, á aquella voz de *alto*,
todo se llegó á parar...
menos el tiempo!... ¡Oh Josué!
¡quién te viera por acá!

Con prolijas precauciones
y perezoso marchar,
observé que destacaba
un piquete el Principal.

Llega... prepara las armas...
¡Ay, San Cosme y San Damian!
Batalla es, y ahora empieza!
dije yo, ¿en qué va á parar?

Paró en ciertos secreticos
de un sargento á un oficial,
con preguntas y respuestas
que ellos se sabían ya;

Y en que aquellos detenidos
comenza on á pasar
por donde siempre han pasado,
y pasan, y pasarán.

Despejado ya el camino.
de nue o volví á volar
en ala, de mi impetuoso
y contrariado afán.

Llego por fin jadeando
cuando ¡Oh cielo! el mayoral
chasquea el látigo, y veo
la diligencia arrancar.

Deténgome estupefacto...

Un finísimo cendal
ondea en la portezuela...
y es á mi aquel saludar!

Ella es!... la reconozco....
mi.... ¿á qué la hé de nombrar?
¡Que habrá dicho de mí al verme
solo hoy tan poco eficaz!

En esto dando sollozos
sale del hondo zaguan
una venerable dueña
que en mis brazos viene á dar.

Es su abuela... si, no hay duda:
trueque impío y desigual!
que hastas dos generaciones
mi estrella me ha hecho atrasar!

Busco nieta, y hallo abuela:
¡oh cruel fatalidad!
Por diez minutos de menos
cerca de un siglo de más!

—¿Se ha marchado?—Para siempre!

—¿Pero es sin remedio?—Ah!

—¿A donde se ha ido?—A Cadiz.

—¿Qué va á hacer?—Se va á embarcar.

—¿Para donde?—Para Lima
donde la espera don Juan,
el hermano de su madre,
con el cual se va á casar.

Y pues al fin te hallé, hijo,
ven á verme por piedad;
ven á casa diariamente,
ven, y me consolarás.

Si he cumplido ó no he cumplido
el encargo maternal,
cosa es que dejo al buen juicio
de esta amable sociedad.

EL ESTUDIANTE.

